

ITALIA Y ESPAÑA CONTEMPORÁNEAS: BALCONES AL MEDITERRÁNEO¹

Montserrat Huguet

Universidad Carlos III de Madrid



El Mar, origen y destino

¹ PRE PRINT en BRANCIFORTE, L. (Ed), Madrid, Dykinson, 2013, en prensa.

Las fotografías que se insertan en este archivo (a excepción de las que se indican), están tomadas en 1958 y pertenecen al archivo familiar de la autora.

RESUMEN

El texto que sigue contiene un conjunto de reflexiones a propósito de la historia de las relaciones italo españolas, su historia común en torno a un continente de agua: el Mediterráneo. Italia y España son países explicables solo desde su condición de naciones modernas, de entronque europeo, pero al mismo tiempo, ambas: balcones abiertos al Mediterráneo. Sin embargo, en los dos casos se ha pasado de una condición mediterránea a una atracción atlántica, que, en tiempos distintos, las vincularía con la navegación, el comercio y las migraciones. El entendimiento mutuo ha sido durante el siglo XX parte del mito hispano italiano, construido sobre la cercanía física, la afinidad lingüística y cultural. La distancia y el extrañamiento surgieron sin embargo de la experiencia histórica que, en las décadas siguientes al final de la II Guerra Mundial alejó a los dos países. Italia fue modelo para España de lo moderno en la tradición durante los años sesenta y setenta. Esta imagen se produjo en Italia con respecto a España a partir de los años noventa. En el presente, y ya ambas en el seno de la Unión Europea y al amparo de políticas comunes, Italia y España van juntas en muchos terrenos. No está tan claro sin embargo que ambas hayan entendido al fin que el Mediterráneo es su área primordial de experiencia común futura.

PALABRAS CLAVE

Italia, España, Historia Contemporánea, Mediterráneo, Europa.

ABSTRACT

The following text contains a set of reflections on the history of Spanish-Italian relations, and the common history around a *continent of water*: the Mediterranean Sea. Italy and Spain are understood only from their status as modern nations of Europe junction, but at the same time, both: *balconies* opened to the Mediterranean Sea. However, in both cases, these countries have gone –in different historic times- from a Mediterranean condition to an Atlantic attraction. This one tied them with the shipping, trade and migration traditions. Mutual understanding has been in twentieth century a part of Hispanic-Italian myth that has been built on physical proximity, linguistic and cultural affinity. However, the distance and estrangement arose from past experience, in the decades following the end of World War II. Italy became a model of modern ways to Spain during the sixties and seventies. This image was the one produced in Italy with regard to Spain from the nineties to the beginning of XXI century. At present time, being both, Italy and Spain within the EU and under common policies, they must go together in many areas. It is less clear, however, that they finally have understood that the Mediterranean is their primary area to a common future experience.

KEY WORDS

Italy, Spain, Contemporary History, Mediterranean, Europe.

Sin estado ni bandera: la civilización de lo cotidiano

No existe una bandera ni un estado mediterráneo, y no conviene caer en la trampa de abundar en la famosa *cultura* o la *civilización mediterránea*, conjunto de hábitos cotidianos de tronco histórico supuestamente común cuya naturaleza es pese a todo tan diversa como heterogéneo el resultado en su disposición y a lo largo del tiempo. Imposible obviar la explicación de Braudel, que observara el Mediterráneo como un conjunto de relaciones surgido de unas opciones ambientales que se concretan en la experiencia histórica a lo largo del tiempo. En los estratos de la historia, profundos (acogen ciclos que vinculan la tierra y la población), intermedios y superficiales, descansarían los fenómenos históricos: desde el clima o las poblaciones hasta las religiones o los acontecimientos efímeros, pasando por las organizaciones políticas y sociales. La designación más común del ámbito mediterráneo según áreas cuyas coordenadas geográficas: norte-sur, occidental-oriental, nororiental-noroccidental, suroriental-suroccidental trastocan por otro lado el supuesto sentido global de la llamada mediterraneidad, pues confiere a los países ribereños un rasgo de identidad particular en función de intereses coyunturales o espurios. En realidad, la definición de estas áreas chocaría frontalmente con otra noción propia de la supuesta mediterraneidad: los flujos². Entre el norte y el sur la permeabilidad mediterránea se percibe en los flujos, que no son exclusivamente de población, por ejemplo en de la *arabofilia* constante –la atracción por el exotismo de los pueblos sur- presente en algunas élites culturales de la cuenca norte a lo largo de los dos últimos siglos y que lo que muestra en realidad es que, en la cercanía geográfica, el desconocimiento real entre sociedades y culturas genera graves distorsiones.

Quien mejor sabe explicar la identidad mediterránea es precisamente quien no se adscribe a ella, quienes habitan espacios alejados o hablan lenguas distintas a

² Autores contemporáneos como E. TODD, G. VÁTIMO, K. POPPER, AMITI, K. entre otros, aportaron a finales del siglo XX sus puntos de vista a propósito de las miradas, valores, civilización, relativismo, flujos... en el Mediterráneo, en un texto diverso y notable, el de: ROQUE, M-A. (ed): 1997.

las que se escuchan en el Mediterráneo. Aún perteneciendo a un país de la Cuenca o Mar, el acceso a la identidad exige precisamente renunciar en la escala de adhesión la particularidad de procedencia. Incluso al propio término “Mediterráneo”, en tanto lugar de pertenencia o adscripción. Los ciudadanos mediterráneos jamás hablan de él, escribe Orhan Pamuk.

“Puede que la mejor manera de pertenecer a un país, a una ciudad o a un mar sea ignorar por completo los límites, la imagen, y hasta la existencia de dicho país, de dicha ciudad, de dicho mar. (...) en mi mente tenía una imagen del Mediterráneo (...) el Mediterráneo era el mar de una gente que vivía más abajo, más al sur, (...)

“La idea de una unidad mediterránea es algo artificial. Evidentemente, la identidad mediterránea común que se deduce de esta unidad es también un invento, algo pensado, y creado a posteriori. Por supuesto son el mismo Mediterráneo y sus habitantes quienes proporcionan el material necesario para el hallazgo y la creación de dicha identidad. Pero soñar el Mediterráneo como un todo, dibujarlo con una identidad intelectual y una fantasía literaria, es algo que siempre han hecho los del norte. No los propios mediterráneos. Los mediterráneos supieron que lo eran gracias a los escritores del norte. (...) Goethe, Stendhal escribieron sobre Italia y sus viajes por el Mediterráneo.”³

En los textos de todos estos autores -que no de Homero o Ibn Jaldun forzosamente- se apreciaban las posibilidades literarias y sensuales del Mediterráneo. Se pretendía captar la sensibilidad mediterránea en *La muerte en Venecia* de Thomas Mann, en los textos de Tennessee Williams (*La primavera romana de la señora Stone*) o E.M. Forster (*Donde los ángeles no se aventuran*), en *El cuarteto de Alejandría*, obra singular de otro autor no mediterráneo como es el caso de L. Durrell.

Qué resultaba tan fascinante a los ojos de los viajeros septentrionales con respecto al Mediterráneo o, mejor dicho, con respecto a los

³ PAMUK, O.: 2011, p. 47.

pueblos que circundaban el Mar, constituye aún un espacio de historia cultural alimentado recurrentemente. Lo realmente fascinante para aquellos viajeros – artistas y escritores, políticos y naturalistas, comerciantes- que procedían de lugares inhóspitos en términos climatológicos a la vez que de modernas tradiciones industriales era el vivo contraste de su experiencia e historia inmediata con los testimonios de otras épocas que, siendo épicas en el pasado y, por lo general, decadentes en términos políticos o productivos en el presente, enfatizaban sin embargo los elementos *cotidianos* de la historia, y con ello su universalidad. En la gran historia contemporánea -británica, alemana o estadounidense- los sujetos ocupaban un puesto de observación que les inclinaba a la admiración reverencial del logro técnico y de la equidad social. Estos mismos individuos que ensalzaban en sus *speeches* la patria moderna por sus logros decían encontrar que en Italia o en Grecia –efectivamente con sus libras, marcos o dólares en el bolsillo- la recuperación del control de las acciones (dando por cierto que en sus contextos de origen lo habían perdido). En aquellos pagos del sur, la ausencia de mecanismos artificiosos junto a la calidez de un clima marítimo y el peso psicológico de la belleza que desprendían las piedras *artísticas*, propiciaba a soltar el lastre de la alerta urbana para instalarse en la mirada apacible, observando la vida desde dentro al son de su compás.

Para entonces, a finales del siglo XVIII y durante todo el siglo XX, el centro de la civilización occidental ya no radicaba en el Mediterráneo, y las ruinas de la Cuenca –amontonadas sin orden y sin protección- eran metáforas de aspecto entre admirable y calamitoso del gran fiasco que suele ser en definitiva toda historia que se pretenda hegemónica. Puede que el esfuerzo voluntarioso pero ineficiente de los habitantes de aquellas zonas cálidas -o calurosas, según los gustos-, en las que el placer o la desidia tomaba la denominación de siesta, no encajase en el perfil competitivo que iba adquiriendo el proceso de mundialización en la historia contemporánea. Aquel *modo de ser latino*, si se prefiere *mediterráneo*, se explicaba en el imaginario protestante de las naciones hegemónicas como la antítesis de lo deseable para las jóvenes naciones –incluidas Grecia e Italia que giran hacia la contemporaneidad- en lo relativo al progreso social y crecimiento material. Este se iría conformando en los *camino de hierro* y el aumento de la velocidad que, en algún momento del proceso de comprensión del tiempo y el espacio, acabaría por

separar dos ámbitos: el del trabajo y el del ocio. Y fue precisamente en el tiempo de asueto de los nuevos burgueses –dedicado al viaje y a la renovación anímica ante tanto stress- en el que se pretendió aprehender la savia del árbol de la *mediterraneidad* a fin de completar satisfactoriamente la vibrante experiencia del hombre moderno.

Pero estos viajeros del norte cometían un enorme error al identificar lentitud con inactividad, pues en los modos de vida, anticuados y familiares, del Mediterráneo el ocio estaba reñido con la supervivencia, vinculada esta en cambio a largas e improductivas –en términos de eficiencia contable- jornadas laborales -de *sol a sol*. En aquellos encuentros norte-sur chocaban dos modos opuestos de hacer lo *cotidiano*⁴: el de lo que no tiene por qué cambiar frente al de lo que no cesa de alterarse, siendo el modo latino –la permanencia secular de los hábitos- identificado con lo *cotidiano* por excelencia, y vaciándose paulatinamente la idea misma de cotidianidad en los ámbitos septentrionales.

Pese a todo, era irremediable la fascinación por el Mediterráneo, pues el propio concepto adquiría (románticamente) el sentido vital de lo azaroso e incontrolable, íntimamente anhelado por las gentes del norte en orbe moderno. Los excesos de la vida altamente productiva de aquellos países bañados por aguas frías parecían contrastar con la medida -más equilibrada y armoniosa- que se le tomaba al trabajo en el sur. Y este contraste, al fomentarse el encuentro entre paisanos y viajeros, fue caldo de cultivo para la formulación de uno de los grandes tópicos contemporáneos con respecto al Mediterráneo, el referido a la alta calidad de vida del entorno lento y atrasado y la consecuente felicidad de sus gentes. En los

⁴ Para abundar en el sentido de los estudios de la historia cotidiana, y en un plano estrictamente teórico, es preciso recordar que ya a comienzos de los años setenta el antropólogo Clifford GEERTZ: 1973, había sostenido que, para adquirir un significado veraz, las sociedades habían de ser leídas como los textos. Este punto de vista fue netamente reforzado con posterioridad por la historia cultural adscrita al giro lingüístico durante los años de la llamada *crisis de la historia*. Ya en el terreno de la investigación de la historia, lo cotidiano se ha ligado primeramente al estudio de la cultura material y documental, en las últimas décadas a las mujeres y su aportación en la historia, también a las formas de memoria y fuentes no forzosamente archivísticas. Pero el espectro de lo que abarca el término *cotidiano*, en tanto crece la dimensión cultural de los estudios históricos y de las investigaciones interdisciplinarias, avanza inexorablemente hacia ámbitos muy diversos, por ejemplo la organización de la vida laboral y familiar o la conformación del pensamiento en las épocas, la evolución en la percepción de la experiencia... etc.

diversos modos de inventar la nación durante el siglo XIX, en Italia, España, Grecia, incluso en Francia o el atlántico Portugal, la naturaleza y la historia, el paisaje y el arte (*latinidad o mediterraneidad*) serían defendidos como un valor a no descuidar, núcleo irrenunciable del ser nacional frente a la intransigente civilización tecnológica de perfil anglosajón.

Pero eran los súbditos del norte quienes disfrutaban de las ventajas de los balcones mediterráneos haciendo uso y manejo de las mejores condiciones económicas de la época. Tras un par de siglos de esfuerzos terribles por destacarse a la cabeza de la civilización atlántica, los holandeses, los británicos, los franceses y hasta los alemanes, veían su recompensa en la tierra bajo la forma de un capital muy jugoso que le permitiría disfrutar del descanso: del viaje, la luz, los *palazzos* y la gastronomía del Mediterráneo. Quedaba lejos la Cuenca del peligro berberisco y durante décadas de intensa interculturalidad –norte-sur-norte- el Mediterráneo fue un hervidero de creación (literaria, pictórica,...) devolviéndole a los habitantes de los países circundantes la falsa impresión de estar recuperando el centro de la historia. Nada más lejos de ser cierto, pues una cosa es ser objeto de atenciones y otra bien distinta el sujeto que las prodiga. Ni el Romanticismo local ni el importado, tampoco los autores a la moda (Goethe o Dickens, Picasso o Gershwin), soportaron las condiciones *cotidianas* de los naturales del lugar: los campesinos y los pescadores, los cabreros de Italia, Grecia o España. La cotidianidad para estos nada tenía que ver con la mirada extasiada sobre el horizonte, más atentos al modo de llevar todos los días los alimentos a casa que subyugados por el desarrollo creativo y la contemplación artística.

Que el Mediterráneo (Sicilia, Liguria, la Toscana, Provenza, Cataluña o Creta) fuera *inspirador* a la hora de pintar, al igual que saludable para superar un trágico mal de amores, o bien soportar con menor sufrimiento la fatiga en el pecho de un poeta tísico, no eran sin embargo razones de peso adecuadas para hablar de un renacimiento civilizatorio en la región, como se pretendía a la luz de las magníficas obras de los artistas extranjeros. Las obras que fluían en los países ribereños del Mediterráneo no eran obras de autores locales. Recuérdese –y no será nunca suficiente el recordatorio- que en el último tercio del siglo XIX, las gentes del Mar emigraban masivamente al Continente o a América en busca de un salario, y

que muchas ni siquiera llegaban con vida a su destino; quienes lo lograban, y solo en el mejor de los casos, necesitaban apuntalar tras de sí dos generaciones para lograr el fruto de un sacrificio que hoy apenas se evoca.

La historia de las migraciones es una historia mediterránea por excelencia, una historia que no tiene réditos editoriales porque es silenciosa, ajena a la épica de los grandes sucesos que embota la historia nacional. El desaliento en las ciudades del Mediterráneo era en el siglo XIX y a comienzos del XX medible en términos de miseria y humillación del individuo y del grupo, por la frustración ante la incapacidad de las familias de mejorar las condiciones vitales de hijos y nietos. A la altura de las dos guerras mundiales del pasado siglo, el Mediterráneo –y salvo reductos hermosísimos en los que ciertas élites sacaban brillo a sus apellidos o fortuna- colgaba de Europa como el badajo roto de una campaña. Y, pese a todas las loas a propósito del magnífico modo de vida de sus gentes, ni se había recuperado en absoluto de la mítica perdida hegemónica (ciclos de historia en sucesión lineal y en ocasiones superpuestos). Sobre la ruina antigua y renacentista se erigía en muchos casos otra nueva que era, no solo la proveniente de los destrozos bélicos –que también- sino la de la inadaptación de las diversas regiones del mar (en el norte y el sur de la Cuenca) a las formas de la civilización moderna. El orgullo de sus gentes amables, quizá solo en apariencia, apenas impedía la visión de poblaciones escasamente provistas de unas condiciones aptas para una vida longeva y saludable. A mediados del siglo XX y por razones de índole política bien distintas en cada caso, Roma o Barcelona, Valencia o Génova, arrastraban sus puertos y periferias deprimidas -bajo una espléndida luz, eso sí- tras la estela de las modernas urbes occidentales.

De la condición mediterránea a la seducción atlántica

Si en la definición de Pamuk el Mediterráneo “no es”, podemos al menos suponerlo en la evidencia de la experiencia histórica: a modo de realidad evolutiva geográfica e histórica, geográfica y cultural; también como un espacio donde se ha dicho del conflicto que es una dinámica histórica preferente, si bien el Mar ha sido

proclive a los procesos de comunicación y de intercambio, de cooperación; para algunos el Mediterráneo sería poco más que *un continente de agua en tránsito permanente* que, a lo largo de la historia, se alimentó de sujetos y experiencias diversas e insospechadas, siempre cambiantes. En este continente de agua y durante la edad Moderna, las naciones y los pueblos que conforman hoy Italia y España edificaron algunos de los hitos de innovación tecnológica y actividad comercial más reconocibles en la historia, colaborando a tales fines en ocasiones, rechazándose de plano en otras⁵.

Obvio es que Italia y España comparten una viva tradición mediterránea, pero también se ha dado en ambos casos una constructiva tradición atlántica. Si en la historia moderna los navegantes de la Corona española y de los estados italianos se aventuraban por aguas ignotas para trazar las rutas de acceso a la riqueza, en ambas penínsulas⁶ se sostenía una grave tensión política a propósito de la dicotomía atlántica y mediterránea, pues los proyectos regionales del Mediterráneo competían por los recursos internos que absorbían las experiencias atlánticas. En el caso de aquella España proto moderna, sus políticas expansivas en el Atlántico oscurecieron para la historia la acción regional en aguas dominadas *por el turco* en su tensión con el Imperio Habsburgo y, lo que es más importante al caso, entorpecieron la formación de una autoimagen peninsular más cabal, que reflejase la importancia real que tuvo el balcón mediterráneo en primer desarrollo la articulación equilibrada del Estado de la Corona española⁷.

⁵ La evolución de los procesos de configuración de los estados europeos puede leerse en BENNASSAR, B., et al.: 2005.

⁶ Jacob Burckhardt mencionaba ya, en su muy afamado libro *La cultura del Renacimiento en Italia* (1860), 1995, pp. 219- 222, la temprana presencia de los navegantes italianos en las aguas atlánticas, véase los genoveses del siglo XIII en las Canarias, y no por obra de la casualidad en el hábito de la navegación sino por la búsqueda específica de tierras ignotas, lo que situaba a estos navegantes a la vanguardia de las conquistas de los estados en el tránsito de la Edad Media a la Moderna. Por otra parte, la potencia de América en la Cultura de la Italia Moderna a la que alude Burckhardt puede estudiarse en: AVOTO, L.: 1995.

⁷ A comienzos del siglo XVI el Mediterráneo comenzaría una fase de crecimiento económico de aproximadamente un siglo (expansión de la población y de la producción), tanto que en el siglo XVI los Imperios Otomano y Habsburgo dependerían cada vez más del Mediterráneo en términos económicos. Ello hasta el último tercio del siglo aproximadamente, cuando se iniciaría el decrecimiento de la tasa de expansión en la región a favor de otras, obligando a las ciudades italianas a reestructurar su actividad económica y comercial. Tales son algunos de los argumentos de las tesis braudelianas (*El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en*

Así, la mirada de la España contemporánea al exterior fue heredera de la inestable, y en ocasiones despreciada, adhesión al designio regional o mediterráneo, incluso cuando - por las exigencias derivadas de la redistribución global de las hegemonías en la segunda mitad del siglo XVIII- las fallidas políticas imperiales de España -europeas y atlánticas- instaban a la intrusión con respecto a la actividad de la Cuenca⁸. La aceptación de este designio, el Mediterráneo, como botín menor y si se quiere despreciable en tiempos de esplendor colonial, expresaba la sustitución forzosa de la ventaja americana perdida. Esta actitud resignada dio el resultado de una mirada displicente sobre la región, sobre el continente de agua.

Tal vez fuera por la singular posición geoestratégica de España –en el Mediterráneo Occidental- o tal vez no⁹, lo cierto es que acostumbrarse a ser un país mediterráneo en el siglo XIX fue una tarea áspera, no culminada con éxito. La persistente fantasía del nacionalismo hispánico, la negación obcecada por parte del Estado de una realidad, la peninsular: cicatera en su concepción pública y fuera de tiempo histórico en la tecnológica y productiva, contaminó la política exterior española de ínfulas, más propias de la Isla Barataria que de un país al tanto de la necesidad real de reinvenición a la que empujaban las circunstancias. Así, en plena edificación peninsular del proyecto liberal primero, y después, en el tránsito de siglos, el compromiso de España con el Mediterráneo fue incomprensiblemente débil pese a la consabida búsqueda de una vocación *africanista* como ámbito de sustitución por la pérdida de las últimas colonias americanas¹⁰.

Esta ausencia de firmeza en el proyecto mediterraneísta, durante las dos primeras décadas del siglo XX, vinculada a la irreductible actitud displicente ante lo que no mostrase señales de la recuperación del esplendor perdido, coincidió en el tiempo con el proceso de cohesión nacional de Italia y un proyecto exterior igualmente tentado de abandonar el ámbito inmediato de referencia: el Mediterráneo precisamente. A tal fin Italia se sumió en dos ingratas guerras

tiempos de Felipe II, 1949, revisadas en el coloquio de la American Historical Association (1975). Ver RINGROSSE, D.: 1987, pp. 1-8.

⁸ JOVER, J.M^a. :1999, pp. 111-172.

⁹ Texto clásico a propósito de las características del así llamado *espíritu español* como es sabido, abunda también en la razón geopolítica de la acción exterior de España: GANIVET, A.: (1896), 1996.

¹⁰ Sobre el despertar africanista en la España del XIX, ver: HUGUET, M.: 2009, pp. 9-28.

mundiales, como si esperase de ellas la inserción de la península en el tronco central de Europa, o del Mundo, despreciando el tradicional cerco inmediato del Mar y su hinterland: espejo de una larga y fructífera experiencia histórica demasiado antigua y que ahora es contemplado como barrera natural para el progreso del país. En el imaginario de la Italia del siglo XX la modernidad se construiría, no en el reconocimiento de la identidad histórica que pretendían algunas retóricas como la fascista (la retórica de la *victoria mutilada*¹¹), sino a partir de la posibilidad política de transgredir el cerco de agua, mediante la huída hacia otros mares y países, y el desembarco (diáspora italiana) en el Nuevo Mundo¹².

Los españoles entretanto regresaban definitivamente de América cuando se produce la masiva emigración italiana hacia el Nuevo Mundo, en el tránsito de los siglos XIX y XX, en el contexto de unas condiciones generales de Europa que castigaban a los pueblos marginados por la revolución mecánica e industrial¹³. La relación perniciosa entre la contracción de los recursos materiales –alimenticios- y el espectro de una población joven pero sin expectativas- favorecía la explosión demográfica y la huída. El famoso estilo de vida cotidiana del mediterráneo –de pobretona y estrecha realidad- ya mencionado, que tanto alabaran los viajeros y escritores del rico occidente atlántico aún a mediados del siglo XX¹⁴ (en el resurgimiento posbélico) se cobraba incontables desalientos humanos, y definía en realidad los límites de la emigración italiana¹⁵. A lo largo de décadas, entre los siglos XIX y XX, los mundos atlánticos de ambos hemisferios se poblaron de italianos, como –y salvedad hecha de los valores demográficos entre los siglos XV y XX- ya lo hiciera de castellanos, extremeños o vascos en los siglos XV al XVIII.

¹¹ DUGGAN, Ch.: 1996, pp. 325-335.

¹² La bibliografía sobre la dimensión real del viaje de Italia a América y su aportación al desarrollo de los distintos aspectos de la construcción material y cultural de los EEUU es extensísima. Ver: SCARPACCI, V., y MORMINO, G.R.: 2008, que aporta además un valioso material gráfico.

¹³ A propósito de América en los distintos espacios del imaginario europeo: ALEMANI, C., ARACIL, B (eds): 2009, pp. 141-162.

¹⁴ Véase por la ambientación mediterránea de la trama de la novela de Patricia HIGHSMITH: *El talento de Mr. Ripley*, (1955), 1989.

¹⁵ Fundamental el archivo CISEI, *Centro Internazionale Studi Emigrazione Italiana*, Genova, también centro de actividad académica al respecto. Muy interesante, para la actualización de algunos conceptos clásicos: GIANTURCO, G.: 2009, pp.211-229.

Ahora, en el punto de madurez de la edad contemporánea, Italia lanzó un cabo desde la península hasta el nuevo continente, un hilo atlántico que trasladaba a la joven nación italiana, que ayudaba a edificar América, de norte a sur –tal como los españoles del siglo XVI habían hecho reproduciendo las haciendas castellanas y extremeñas¹⁶- numerosas pequeñas Italías: barriadas apenas, con sus iglesias y sus jefes locales, sus *trattorias*; las *Pequeñas Italías* del mundo¹⁷. Al modo de los españoles de la Conquista que terminaron por sintetizar lo extranjero con lo local, los italianos - italianos de New Jersey e italianos de Buenos Aires- también fundieron sus hábitos cotidianos con los locales, buscando denodadamente mantener la esencia de su identidad original. En las *Little Italies* de América del Norte especialmente, se encuentra la dimensión plena –en sus virtudes y desmanes- de la Italia original: internamente fragmentada, diversa y sobre todo mediterránea, implantada en una geografía extraña y variopinta a la que, no obstante, los italianos supieron adaptarse con la resignación con que los colonizadores hispanos incorporaban al quehacer cotidiano las húmedas selvas americanas, tan distintas a las dehesas y los páramos del interior de la Península Ibérica.

En los años veinte del siglo XX, Italia fortaleció su presencia en las Américas. Se estima que más de 4 millones de italianos se habían desplazado a Estados Unidos de América entre 1880 y 1920, 2 millones de ellos entre 1910 y 1920. La introducción del conocido sistema de cuotas restrictivas a la migración, vinculadas a las políticas eugenistas a la moda (siendo la ley de 1924 la central) favorecía la entrada de poblaciones jóvenes de los países del norte de Europa, blancos y protestantes, y frenaba así la llegada de gentes del Mediterráneo (italianos principalmente), católicos del sur de Europa¹⁸, repuesta no obstante a partir del final de la II Guerra Mundial. En aquellos momentos críticos posteriores a la I Guerra Mundial, España sin embargo –en tanto contingencia y presente- no existe ya apenas en América (entendida como construcción histórica), más allá si acaso de la experiencia

¹⁶ PEREZ, J.:2006, pp. 198-210.

¹⁷ GARDAPHÉ, F.L.: 2004, pp. 37-52.

¹⁸ SPIRO, J.P.: 2009.

particular de su deslavazada migración¹⁹, nunca abandonada del todo ciertamente: la de muchas las familias de peninsulares²⁰ que siguen –a título individual- recalando, en su calidad de *gallegos*, en las repúblicas latinoamericanas. La *Pequeña España*²¹, barrio de trabajadores españoles instalado a final del siglo XIX en el distrito de Chelsey, en el Manhattan sur de Nueva York, constituyó un testimonio puntual y anómalo, pues fue precisamente a partir de aquel tránsito entre siglos cuando el Atlántico se abriría separando abismalmente a España de la América frenética y moderna, de la América en crecimiento que tendría la llave del futuro inmediato. La nula presencia de España en las primeras Conferencias Panamericanas²² dio la medida pública y formal de este distanciamiento.

Si en la edad contemporánea España mostraba su *inadaptabilidad* como nación a mundos distintos al propio²³, Italia en las décadas iniciales del siglo XX en cambio expresaría gran su capacidad de adaptación a las circunstancias, enseñando que, pese a los azares o las coyunturas históricas –su opción *errónea* en la I Guerra, el fascismo y sus argucias coloniales-, aceptaba la necesidad de apertura ante los cambios sobrevenidos y los extrañamientos impuestos.

¹⁹ A lo inconexo del fenómeno acompaña también una bibliografía fragmentada. Ver por ejemplo el monográfico: *Hacer la América, un sueño continuado (La emigración española a América Latina en los siglos XIX y XX)*, Arbor, 1990 y YAÑEZ, C.: 1994.

²⁰ MEDINA, V.: 1999.

²¹ REMESEIRA, C.I.: pp. 247-278.

²² MORALES PADRÓN, F.: 1987, pp. 179-190; TRIGO, M.: 2008, pp. 386-388.

²³ Sigue sorprendiéndome, pese a las explicaciones publicadas al respecto, la animadversión hacia la América industrial y puntera de finales de los años veinte, desarrollada por un español tan moderno y cosmopolita como García Lorca, tal y como queda expresada en un texto poético fundamental de la cultura española contemporánea: *Poeta en Nueva York* (1929-1930). Tras los momentos iniciales de inmersión y deslumbramiento, emergería en el espíritu de Lorca la acritud hacia la cultura material de América. Parte de la crítica –pese al acogimiento cálido del poeta en el Spanish Institute neoyorquino- tendría su arraigo en la añoranza sentimental hacia la así llamada cultura española. La acritud de esta mirada no es única, entronca con otras coetáneas propiamente locales, más fundadas posiblemente en el conocimiento profundo de la realidad del momento. No hay que esforzarse para rescatar textos muy conocidos, como el de John Dos Passos, *Manhattan Transfer* (1925), análisis descarnado de la sociedad urbana por excelencia de comienzos del siglo XX, aluvión de perdedores, a disgusto con la vida y el entorno en el que se sienten atrapados. En *Manhattan Transfer* el protagonismo del puerto, de los viajeros, los marineros..., de los incipientes sindicatos, o la esencia migratoria de los ciudadanos, se expresan en la fricción constante (que no la mixtura) entre los personajes. El cuento-*collage* de Dos Passos –él mismo viajero en permanente tránsito entre América y Europa- nutre la tradición narrativa del circuito migratorio atlántico.

Italia y España, hermanos de leche o el mito artificioso de una historia común.



La atracción por el pasado

No todo mito ha de ser forzosamente un cuento, y gran parte de los cuentos universales tienen su origen en alguna fuente de verdad. Por ello mismo, el entendimiento mutuo forma parte del mito ítalo-español o hispano-italiano si se prefiere, un cuento –a caballo entre la realidad y la invención- elaborado con los argumentos de la cercanía física en el Mar, la afinidad lingüística y cultural, del tronco común en la historia antigua y moderna, la resistencia a su disolución en ambos países de las viejas élites²⁴ entorpecedoras del cambio, y con los instrumentos de la diplomacia y la retórica. Pero la distancia y el extrañamiento mutuo son parte también de la verdad en el cuento, y surgen de la experiencia

²⁴ Fundamental el estudio de las elites y las asociaciones en perspectiva comparada para los inicios del siglo XX, en ZURITA, R., y CAMURRI, R. (ed): 2008.

histórica más reciente, del recelo entre los años veinte a cuarenta del siglo XX²⁵ por la distorsión de las posibilidades imperiales de ambos países sobre un mismo botín: el Mediterráneo. Luego, en las décadas siguientes, la España franquista y la República italiana adoptarían caminos divergentes que no hicieron sino abundar en los aspectos diferenciadores entre los dos países.

La experiencia política, civil y republicana de la Italia posbélica²⁶ y el proceso de asimilación generacional de la identidad nacional moderna postfascista resultan incuestionables –al margen de sus deficiencias, en las que no hace falta insistir pues han sido los propios italianos voceros impecables precisamente por la naturaleza cívica de su reciente experiencia histórica. De la Italia post bélica puede opinarse lo que se quiera, en especial a propósito de las diatribas políticas internas vinculadas a las tensiones permanentes en el ejercicio de la política y la ausencia de gobierno estable, a propósito de los lapsos de inseguridad o de la quiebra permanente de la administración, visualizada desde el exterior como un caos *imperturbable* a lo largo del tiempo. No hay duda sin embargo sobre el esfuerzo de conciliación entre el presente y el pasado en la experiencia de la Italia moderna en las últimas cuatro décadas del siglo XX –su indudable crecimiento económico y urbano²⁷- no obstante la irregularidad territorial del desarrollo, a pesar de las lacras del terrorismo y las *mafias* (también de la tutela estadounidense) y del lastre de algunas pervivencias sociológicas enquistadas²⁸. A favor del mencionado esfuerzo no fue menor el tesón de la educación nacional –que propicia una postura estudiantil activa, liceística y universitaria-, en el uso de los mecanismos del debate político aportados por la República en su instauración posbélica²⁹.

No sucedió así en el caso español, cuya evolución hacia la contemporaneidad reciente se hizo a trazos gruesos y bajo el miedo al síndrome del retroceso o la involución, incluso en fechas tan tardías como 1981. Si, en el caso de Italia, el peligro de la reinención de la tradición oligárquica y localista, fue parcialmente conjurado

²⁵ Para el tránsito entre siglos: GUTIERREZ, R. A., et al. (eds): 2003.

²⁶ Sobre la construcción de las tradiciones civiles en la Italia Moderna, pese al discutible enfoque a propósito del sur del país, de útil lectura aún el texto de: PUTNAM, R.D. et al.:1993.

²⁷ Una miscelánea reciente muy bien editada AZCONA, J.M. et al.: 2010, pp. 63-78.

²⁸ SILVEIRA, H.C.: 1998.

²⁹ RICUPERATI G.: 1976, referencia en CRIVELLARI, C.: 2004. p. 191.

ya a partir de los años cincuenta, en la España de aquellos años el panorama era bien distinto. En España el peso formal de la tradición oligárquica y caciquil quedaría conjurado tan solo a partir de la Constitución de 1978. A pesar de la naturaleza indudablemente moderna del texto en relación al contexto histórico que le daba a luz, la Constitución mostraba la reticencia de la clase política a un cambio institucional definitivamente favorecedor de una inserción del país en la herencia republicana europea de las revoluciones liberales, blindando con ello al país la oportunidad de salir de su tradicional excepcionalidad histórica³⁰. Como fuere, la construcción sin grandes traumas de un estado democrático en las últimas décadas del siglo XX se verificó con un éxito fue innegable, pese a los fallos que pudieran darse en el proceso. Cabe referirse precisamente a los defectos, en el capítulo de los programas de normalización civil y conforme a la época en curso. La progresión legislativa de la sociedad española en las últimas décadas y recientemente a propósito de cuestiones como el matrimonio entre personas del mismo sexo – observada con interés en muchos países y, entre ellos, en Italia en la última década³¹ – se orquestaba en la acción política progresista sin que pueda verse en ella una correlación con cambios en la estructura del Estado: aún monárquico y urgido de revisión –a juicio de algunos sectores– en el plano de la organización autonómica prevista en el setenta y ocho. España ha representado en los tres últimos lustros un ejemplo fehaciente de la fragmentación fin de siglo: al propiciar la coexistencia pacífica por un lado de la pervivencia de estructuras tradicionales, como la Corona y el derecho de sucesión de la Jefatura del Estado, por otro: el desarrollo de los nacionalismos autonómicos o la deriva social hacia la plena tolerancia en materia de derechos individuales.

Una de las diferencias más marcadas entre España e Italia a lo largo de los siglos ha recaído en sus respectivas posiciones en los centros de la historia. España ha sido por lo general –incluso si nos referimos a los reinos peninsulares del Imperio español y salvo momentos concretos (el Siglo de Oro)– un *lugar* histórico³²

³⁰ PECES BARBA, G.: 1994.

³¹ Magnífica síntesis de BOTTI, A. (ed), 2007.

³² La idea de *lugar* histórico trasciende la concepción popular de territorio, edificios, estructuras, emplazamientos, monumentos..., que se considera merecen ser preservadas en la memoria por su valor o significación histórica. Para abundar en el terreno de *lugar* en

periférico, o de frontera. Periferia del Imperio de Roma, como Hispania, la Península Ibérica fue a la zaga de la Metrópoli, sirviéndole de cantera mineral, humana o de granero. Fue extremo fronterizo en el Medioevo y, ya en el mundo moderno, la Península mantuvo el papel de sujeto de frontera, con sus señas de identidad en tanto pionera atlántica –y tan escorada en el Mediterráneo que (incluso en tiempos de esplendor) casi olvidaba pertenecer a él. Pasada la efervescencia de la juventud imperial y dejando atrás la función de avanzadilla americana, la Corona española se resguardó en el patio trasero, la región occidental del Mediterráneo, haciendo del reino borbónico en Italia una sede lejana y trasnochada de la identidad monárquica que se marchitaba y era incapaz de adaptarse a las corrientes del iluminado siglo XVIII³³. Hoy –entiéndase en la etapa contemporánea más reciente-, España sigue ejerciendo su función de linde, por ejemplo: cuando publicitó su condición hispánica al ingresar en la Comunidad Europea (1986) sugiriendo su capacidad mediadora con la América Hispana.

En la Europa revolucionaria y de las jóvenes naciones, la opción pro francesa de los borbones españoles, y de casi todos los gobiernos que acunó el débil liberalismo monárquico español del XIX, entorpecería de nexo con los estados italiano –con Italia-, celosa en su proceso de conformación de resguardar su territorio (continental e insular) de las ambiciosas pretensiones territoriales de la vecina Francia. Bajo los Imperios francés y británico, y en su condición de periferia del sistema de naciones-estado en la etapa álgida de la contemporaneidad, España sería en ocasiones *obstáculo* en el avance de las nuevas potencias, en otras: moneda de cambio para las transacciones territoriales entre ellas. De modo que, avanzando a trompicones por el liberalismo secular y siendo la industrialización en España un proceso tardío, durante buena parte del siglo XIX, la Italia de finales del siglo XIX en cambio apostaba por el cambio. La cercanía en el tiempo de su unidad soberana favoreció sin duda el creciente patriotismo. Primero, desde el norte geográfico y más hacia el norte (¿Pudo la próspera Italia norteña ser el pilote meridional de un eje

relación con la temporalidad y la narración de la historia, revisar el texto de RICOEUR, P.: (1985), 1997.

³³ Un perfecto relato de esta decadencia borbónica puede leerse, como argumento periférico o envolvente a los estudios históricos en el libro de Susan SONTAG: *El amante del volcán*, 1996.

europeo dominante, el apéndice mediterráneo de la Europa continental del siglo XX? Con su condición marítima y el desarrollo de sus puertos gozaba ya de la oportunidad. A continuación, en el periodo de entre guerras, desde el sur pobre hacia un norte (interior) recuperado, Italia se movería a la búsqueda de un crecimiento material que, muy a pesar de los fuertes desequilibrios internos, alterase la identidad mitificada de una nación que no quería seguir rigiéndose por el lastre de las ruinas imperiales sino por la evidencia de proyectos modernos que, pese a los himnos y la propaganda, encontrase sintonía con el tronco europeo que la sostuvo en los momentos iniciales de la recuperación posbélica.

Abolida la Monarquía en Italia por un 54% de votantes que rechazaron la casa real, en 1946 Italia se convertía en República Democrática. En este contexto, véase la concreción del Plan Marshall para Italia utilizado por la Democracia Cristiana en las elecciones de 1948 para la obtención de la mayoría absoluta en el Parlamento y así desbancar al PCI durante todo el periodo de la Guerra Fría. Con De Gasperi al frente del país (1948-1953), el comunismo fue excluido de las coaliciones gubernamentales, logrando no obstante retomar posiciones en la política municipal de los años sesenta³⁴. El caldo de la rebelión social estuvo siempre presente en el proyecto moderno de Italia, equilibrando los excesos del capitalismo invasivo (el milagro económico), sosteniendo en su ideología el residuo de las culturas locales y algunas de las seductoras quimeras que en definitiva habían hecho posible la historia contemporánea de la proto Italia revolucionaria³⁵.

Mientras en el tránsito hacia el siglo XX Italia se mueve -y ;de qué manera!- pese a los obstáculos antiguos y sobrevenidos, España opta por quedarse varada – por sentido de la oportunidad o vocación convencida, dirán unos y otros³⁶- en la Península Ibérica, Italia en cambio trazará su huída sistemática de la Península itálica. Su inserción, tardía y desastrosa, en la Primera Guerra Mundial, fue una

³⁴ PRATTI, G.: 2006.

³⁵ Fundamental la figura del actor y crítico de las revoluciones Vicenzo Cuoco formado en la excepcional Universidad de Nápoles, gran intelectual que asiste, emocionado primero, a la llegada de los franceses y, al poco, a la caída de la monarquía y surgimiento de *la República Napoletana* a finales del XVIII. En su *Ensayo Histórico* (1801) sobre la revolución en Nápoles Cuoco reflejaría su enorme capacidad de empatía con el presente histórico. Ver la reflexión al respecto de SOLÉ, J.: 2008.pp. 212-222.

³⁶ PAN, J.: 1998. Sobre el debate nacional entre 1898 y mediados del siglo XX: DARDE, C.: 1999, PP. 9-24.

buena prueba del intento de internacionalización de la nación. En la literatura italiana (Marinetti, Palazzeschi, Govoni o Soffici) de la guerra y la posguerra se revela una innegable voluntad de proyección hacia el futuro, expresándose la querencia generacional de ruptura con la tradición italianizante del país. Como expresión artística que señaló el camino a seguir, se percibe la herencia del *Futurismo*³⁷, un movimiento que se afianzaba y transformaba ante la pesada carga de la derrota, en la elevación del mito de la victoria. Los futuristas propondrían temas inusuales en la tradición italiana: la máquina, la velocidad, la técnica, posteriormente trasfundidos a la exaltación de la violencia, la guerra, el imperio..., a la épica generalizada de la “*higiene del mundo*”³⁸ y el fascismo. Modernidad en definitiva, al hilo de las corrientes globales del de la crisis del modelo prebélico y también del *higienismo* en la mayor parte de las culturas intelectuales europeas y de América. En el caso español, la reacción ante la derrota (unos años antes, en 1898) no activó un compromiso de cambio inmediato, en consonancia con los modos de la modernidad internacional, sino más bien la aceptación *depresiva* de una pérdida de voz en el terreno global o, si se prefiere, la voluntaria introspección³⁹.

³⁷ Organizador cultural moderno de enorme prestigio, Marinetti entendió perfectamente el nacimiento de la sociedad de masas, la agresividad implícita en las acciones culturales modernas, infinitamente más participativas por parte del espectador que las tradicionales. En MARINETTI, T.: *Manifiesto della letteratura futurista*, 1910, el autor abunda en los medios expresivos en el texto, capaces de conseguir la sensación, el movimiento, el tacto de la materia, que son en definitiva los mitos esenciales de la nueva época moderna. Las formas sintácticas y la puntuación propenden a la libertad, incluso en los caracteres de imprenta que se disponen de manera desusada, convirtiendo así la obra en un cuerpo activo y sugerente, que admite réplica.

³⁸ MARINETTI, T.: 1915.

³⁹ Para una síntesis completa y una amplia bibliografía, ROBLES, C.: 2008.

En el interludio: entendimientos ventajosos



Roma: Ciudad de Dios

Raro es que en la historia reciente hayan estado dos países cercanos tan distantes entre sí. A menudo Italia y España se dieron la espalda –recelando entre sí sus líderes, Mussolini y Franco, incluso en el posicionamiento común dentro del Eje-, en la franja de mar que les baña, frontera en lugar de espacio para la comunicación. Pese a lo dicho, desde la edificación de la Italia moderna y la inserción –lenta aunque certera- de España en el liberalismo de tinte continental europeo, las realidades contemporáneas de estos países guardan trazos comunes aunque no siempre dignos de ser elogiados. Les ha unido principalmente la arrogancia frente a la hegemonía de las potencias atlánticas -en los años treinta y cuarenta del siglo XX- y

la aspiración a reorganizar del viejo Mediterráneo⁴⁰ al peculiar gusto imperial. Episodios de confraternización de corte pseudo histórico –pactos bilaterales de por medio⁴¹- enmascararon como es sabido la competencia ante la perspectiva del pillaje territorial. Además, las peculiares relaciones de España e Italia con la Iglesia Católica⁴² han ido acompañadas en ambos casos de acuerdos y tensiones. La Italia renacida de la Segunda Guerra Mundial (y en útil situación regional para la OTAN durante la Guerra Fría⁴³) conservaba la localización territorial de una institución milenaria, el Estado Vaticano, de la que el franquismo reclamaba para España la autoría de su grandeza secular. Las tensiones entre la Iglesia y el Nuevo Estado español –pese al respaldo del Vaticano al régimen franquista y a la firma del Concordato- ponían en evidencia las dificultades franquistas para expresar la última palabra en este particular asunto, a rebujo de una República Italiana moderna poseedora en última instancia de la titularidad física del Estado Vaticano⁴⁴.

La derrota del fascismo en Italia (1943/44) había producido un gran desconcierto en la España oficial. Pero ya en la segunda mitad de la década de los años cuarenta, se hubo de darse la aceptación del nuevo escenario italiano, una suerte de aprobación recelosa que culminaría finalmente en un intento de aproximación de signo cultural (y emocional) a la *moderna* Italia de los años sesenta⁴⁵. En las relaciones formales de los dos países se arrastraron los modos de entendimiento entre los regímenes de Franco y Mussolini. Con Tomasso de

⁴⁰ Bajo el influjo, para el caso italiano, de la construcción nacional en el tránsito entre siglos. GRANGE, D. J.: 1994.

⁴¹ AVILES, J. et alii.: 2002. SANZ, F.: 1994. Para la Guerra Civil Española, RENOUVIN, P.: 1990.

⁴² Para el caso italiano y la relación entre el Vaticano y el fascismo italiano: CÁRCEL, V.: 2009, pp. 284-291. Para el caso español y la República y la Guerra Civil: REDONDO, G.: 1993; acerca del escepticismo de Franco a propósito del Concordato y las iniciativas de algunos políticos como Joaquín Ruíz Jiménez en los años previos a la firma del Concordato de 1953: FUSI, J.P.: 2011 (Versión e-book sin paginar).

⁴³ Muy completa la visión del tema señalado en: DUGAN, C., WAGSTAFFS, C. (eds): 1995.

⁴⁴ El contexto social puede apreciarse en: DUNNAGE, J.: *Twentieth-Century of Italy. A Social History*, UK, Pearson, 2002.

⁴⁵ Monografías a propósito de la construcción política y social de la Italia postbélica: CARTER, N.: (1ª edición 1984), 2008, pp. 363-531. Pero la modernidad italiana no se refleja solo en el plano material y en los estudios referidos, también es patente en el enfoque interno de los temas que interesan a intelectuales y profesores, pues desde hace tiempo son muchos los autores del ámbito cultural italiano -nacionales o no- que centran su trabajo en los modos históricos de la modernidad. A modo de ejemplo, una síntesis interesante: JEDLOWSKI, P.: 2007.

Gallaratti-Scotti, embajador en España, se creó por ejemplo la *Accademia Hispano-Italiana* (1945), con personajes como el Conde de Romanones, Pérez Bustamante, Hipólito Galante, Mario Penna y Attilio Venturi, para el desarrollo de actividades académicas y socioculturales; el Instituto de Cultura Italiana propondría espectáculos como la *Mandragora* de Maquiavelo o *La torre sul pollaio* de Ítalo Calvino. Muy sonado en términos publicísticos fue también el encuentro entre Ortega y Gasset y Felice Battaglia, rector de Bolonia, en la Facultad de Ciencias Políticas de Madrid en 1950.



Italia tecnológica y moderna

Un interesante capítulo de la historia de España durante el Franquismo es el que se refiere a la aprehensión de *lo italiano*, en los ámbitos de la cultura⁴⁶, de la industria (la emigración de los Españoles a la Italia industrial no es un tema

⁴⁶ Sobre España en el mundo y el papel de Italia, véase: LLERA, L., GALLEGO, J.A.: 1992. pp. 85-90, haciendo referencia a la supuesta *italofobia* secular española de la que se informa a Galaratti Scotti, legación italiana en España, a la altura de 1945-46, si bien se reconocía en dichas informaciones una admiración indudable de los españoles hacia la tradición cultural italiana, planteándose con este argumento las bases de lo que debería ser en la posguerra una relación preferentemente cultural.

despreciable⁴⁷), de cuanto estuviera relacionado con el ocio y el divertimento del que tan necesitados estaban los españoles que dejaban atrás la posguerra: el fútbol, las películas, la música, la *vespa*, ... el turismo y, cómo no, los macarrones con tomate de consumo generalizado en los hogares españoles desde finales de los años cincuenta, en alternancia moderada con los platos de cuchara –legumbres y patatas de por medio- de tradición ibérica. Receptores de turistas en sus propias costas, también algunos españoles de los años sesenta comenzaron a viajar a Italia ellos mismos por vacaciones. Algunos, los menos, tomaban el barco o el avión, otros recorrían la costa mediterránea en interminables jornadas al volante de pequeños utilitarios Seat, y qué mejor lugar para dejar sus pesetas que el Vaticano, y ya de paso la plaza de España en Roma o las ruinas de Pompeya. La Roma de la posguerra italiana se había convertido en una ciudad de moda, que atraía a turistas y a la bohemia internacional. Ciudad de Dios, era también una urbe escandalosa y sorprendente, en la que podían experimentarse los modos de vida licenciosa. Para los españoles de fe, la justificación espiritual de la visita al Vaticano funcionaba como una coartada moral. En las ciudades y pueblos de Italia estos visitantes curioseaban la particular simbiosis entre la tradición católica y la escandalera popular. En Rímini, Portofino o Amalfi, en la propia *ciudad* de Roma el imaginario español vislumbraba el margen del peligro moral, asociadas las imágenes sugeridas a los mitos renacentistas de la exuberancia italiana o al escándalo sugerido por la moderna *dolce vita*⁴⁸. Al atardecer, en Vía Véneto, Roma, se daban cita las estrellas de cine, los paparazzi (los primeros de esta particular rama del periodismo gráfico), las señoritas de compañía y las aspirantes a actrices, también los hermosos jovencitos sin oficio ni beneficio y sobre todo los curiosos. La penuria material de la ciudad del post fascismo había dado a luz un clima social peculiar, misceláneo y la

⁴⁷ Como tampoco lo es la experiencia compartida en Europa de emigrantes italianos y españoles. No hace mucho, leíamos que el Ayuntamiento de Zürich había rendido homenaje (21 de mayo de 2011) a todos los emigrantes españoles e italianos mayores de 70 años que habían llegado a Zürich décadas atrás y que con su esfuerzo habían contribuido a mejorar la ciudad. En dicho acto, el cónsul general de España en Zürich, Eduardo Junco, así como el cónsul general de Italia, Mario Fridegotto, tomaron la palabra para recordar el trabajo de muchos antiguos emigrantes y sus familias allí presentes. Ver en “Homenaje a los emigrantes españoles e Italianos en Zurich”, *Crónicas de la Emigración, Xunta de Galicia*, 21 de mayo de 2011.

⁴⁸ GUNDLE, S.: 2012.

paradójico, decoroso y libertino al mismo tiempo, en el que lo mejor y lo peor de la moral instituida se acoplaban con cierta gracia. Nadie era lo que parecía bajo los focos deslumbrantes del cine italiano en de la prensa internacional y nada parecido podía contemplarse en el Madrid estrecho y pueblerino de aquellos años, apenas tentado en el plano de la ambición de superarse como urbe. Por reseñar algún contraste, chocaba ciertamente la digna humildad en la que se desenvolvía la vida cotidiana de los madrileños -alojados aún casuchas periféricas, en pensiones y viejas corralas, en habitaciones de alquiler con derecho a cocina- y el boato provinciano de ciertos reductos de abundancia, barrios céntricos y renovados en los que se iba instalando la burguesía afín al régimen⁴⁹.

Con todo y a su ritmo lento y selectivo, España no era inmune a los efectos de la modernidad global. Ya a finales de los años cincuenta Adriano Cellentano provocaba con su rock local los primeros vahídos de las jóvenes españolas (en el idioma italiano el rock sonaba más casero y era digerible), y Marcello Mastroianni o Vittorio Gassman hacía lo propio con las señoras casadas. Qué decir de la Loren, la Magnani o la Mangano: símbolos inaccesibles de un erotismo mediterráneo e internacional. Para el régimen español en vías de aperturismo económico y cultural podía tolerarse el pecado que arrastraban aquellas imágenes del celuloide pues venían de la experiencia popular de un país católico, siendo en todo caso preferibles a otras opciones europeas. Ni siquiera los primeros Beatles o la juvenil Bardot eran tolerados por la censura nacional, incluso siendo los primeros obviamente modosos y la segunda un tanto esfinge en comparación a las divas italianas. A los ojos del régimen Vitorio De Sica era un autor asumible pese a la incomodidad discursiva de sus films, como si el realismo descarnado que exudaban las películas del director nada tuvieran que ver con la realidad de España. Incluso los films de Rossellini y de Fellini fueron vistos con el agrado de la tolerancia, pues en las salas de cine español el tema de sus películas no era el tema. Lo eran las estrellas internacionales: Ingrid Bergman (bella o llorona oficial de la pantalla según quien opinara), y aquella señora tan peculiar y tierna: Giulietta Massina, cuya personalidad inclasificable en los

⁴⁹ Véase a propósito de este Madrid sugerido, el film de Juan Antonio BARDÉM: *La muerte de un ciclista*, del año 1955, de producción hispano-italiana y premiado por el jurado internacional en Cannes.

cánones clásicos parecía darle un aura de pureza casi virginal muy recomendable. Luego vendría Alberto Sordi, en España un preludio romano del Landa carpetovetónico y, en la canción, los muy afamados Ritta Pavone, Gigliola Cinquetti o Doménico Modugno, modelos mediterráneos (o lo que era lo mismo: internacionales) de la canción melódica, del desgarró y empalago del pop no anglosajón. Italia pues en la España de los cincuenta y comienzos de los sesenta, fue un modelo inexcusable de modernidad cuya función era la de distraer la atracción extranjerizante que desde el norte amenazaba con fagocitar la tradición hispana.

Pese a que este panorama ligeramente dibujado pudiese dar la impresión de que existía una aproximación natural de España hacia Italia, no se produjo en la sociedad española que iba dejando atrás los años más estrechos del franquismo una reflexión eficiente a propósito de las causas y elementos de la vistosa modernidad italiana. Tampoco acerca de la evolución desde un modelo ancestral -económico y social- atrasado y territorialmente desarticulado y muy parecido al español hacia otro: estructurado en áreas y sectores de producción equilibrados que hacía posible el así llamado *milagro* italiano. Obviamente en España no se tomaba nota de los hábitos de la democracia en Italia, de su europeísmo⁵⁰ económico, o del atlantismo⁵¹ defensivo. Antes bien, al analizar los españoles la cuenta de resultados de la industria del norte y del comercio internacional de Italia, se caía en una suerte de justificación que remitía a la autocomplacencia. El éxito de la modernidad –se interpretaba- poco tenía que ver con la resolución sociopolítica interna de hábitos democráticos, o con la recuperación demográfica, incluido el fenómeno de la movilidad interna y exterior de la población, tampoco con la ayuda americana condicionada al desarrollo de un bastión democrático y anticomunista en el Mediterráneo.

⁵⁰ De entre los abundantes trabajos sobre la aportación italiana a la construcción europea, es útil el esfuerzo de contextualización de: GINSBOURG, P.: 2003. Ya en el terreno de la especialización, el libro de NUNNO, F. di.: 2012, que abunda en un episodio especialmente interesante de la particular historia de Italia y la UE.

⁵¹ La inserción de Italia en la OTAN puede verse en: MISSIROLI, A.: 2000, pp. 87-104.

Merece la pena a propósito de esto último revisar el discurso de la embajadora de EEUU en Italia, Clare Boothe Luce⁵²:



Clare Boothe Luce.
Escritora y Ex Embajadora de los
EEUU en Italia

(Imágenes volcadas de Internet)

“(…) El “milagro de Italia” (...) se inició hace una década y hoy es el comentario de todo el mundo. Este segundo Risorgimento, resurrección cultural y económica de Italia, casi no tiene paralelo en los anales de las naciones modernas.

Y sin embargo, no es en realidad un milagro. Nada podía ser más natural, si recordamos que los italianos “son” italianos.

Italia es pobre en lo que se conoce por “materias primas”, pero extraordinariamente rica en la más grandiosa de las materias primas: el carácter humano.

(Tierra que ha producido hombres inconmensurables) (...) paladines de la ley, el orden y la justicia, y tiranos sin entrañas (Es por tanto uno de los países occidentales más expuestos a caer en el comunismo, pero probablemente también sería el más reacio en soportar después el yugo monolítico de la igualdad comunista) Todas las “paradojas” de la Italia moderna y de la antigua son las mismas que estamos habituados ya a encontrar en cualquiera comunidad muy civilizada, muy complicada (...)

⁵² La aportación de Clare Boothe Luce es especialmente interesante a la luz de la personalidad de la propia embajadora, recalcitrante anticomunista pero también una mujer feminista que había triunfado en la escena americana con textos famosísimos, véase *Women*, permanentemente en cartel en algún teatro del mundo desde su estreno en los años treinta. Clare Boothe fue en su madurez una activa política republicana, además de filántropa, pues destinó su fortuna a la incorporación de las mujeres a las investigaciones en la Química, dotando una importante beca que aún hoy lleva su nombre.

Por lo mismo están cerca de sus propias debilidades históricas. (...) Ninguna nación cree más apasionadamente que los italianos en la libertad de la voluntad humana. Nadie comprende mejor que “el carácter es el destino”, y que existe la elección entre lo justo y lo injusto, entre el bien y el mal. El actual “milagro de Italia” se debe a que los italianos, pese a la derrota y a la pobreza, resolvieron edificar una Italia mejor, (...) la gran virtud del carácter italiano se finca en la capacidad para el valor, la paciencia y el ingenio. Su flaqueza yace en un exceso del espíritu histórico, propenso a una improvisación escéptica y aún cínica. (...)

La República de Italia, fundada apenas hace quince años, es una democracia adolescente. El enorme progreso económico (...) los propios italianos lo han logrado (aunque no se hayan propuesto aún alcanzar la armonía política. (...))⁵³.

Pero la ayuda material es pujante y evidencia la pugna entre lo viejo y lo nuevo:

“En los últimos quince años se han acercado a Italia países amigos con donativos y préstamos, y con ayuda médica y técnica. Los resultados están a la vista. Se manifiestan en la prolífica y próspera Milán, en las enfardadoras de heno norteamericanas de las llanuras del Po, en la erradicación del paludismo, tanto en tierra firme como en las islas, en los pantanos desecados y convertidos en granjas productivas en Cerdeña- Hay carteles de propaganda comercial en la Vía Appia, y la antigua carretera a Ostie tiene anuncios de todo, desde gas doméstico hasta conocidos refrescos norteamericanos”

“No es de extrañar que Italia se haga menos antinorteamericana conforme se norteamericaniza. Pero estos cambios no han resuelto sus problemas. Por más idílica que haya sido la Arcadia que imaginaron soñadores y poetas, no deja de ser una tierra desdichada, aunque bella. Su tragedia es la desilusión de la experiencia, de la historia en ruinas (...) A cambio del legado artístico de Italia (...) la humanidad tiene contraída

⁵³ El texto forma parte de la introducción para el número correspondiente de la revista LIFE, elaborado por KUBLY, Herbert: *Italia*, en Biblioteca Universal de LIFE, en español, Revista LIFE, México, ed. Novaro, 1968, pp. 6-7. El volumen, si bien editado en 1968, se realizó sobre el texto de 1961, escrito a partir del trabajo periodístico de finales de los años '50, época en la que el periodista y escritor Kubly disfrutaba de una Beca Fullbright en Italia. Así, la modernidad de Italia se presenta en España (entre la débil burguesía que adquiere la publicación) a través de la mirada –traducida en México- de un estadounidense, intelectual y cosmopolita.

una deuda con este país que no puede pagar con unos cuantos préstamos. El mundo occidental, después de todo, le debe el alma a Italia”

“El vigor de un pueblo eterno.

“Una irreprimible energía y una temeridad indómita, común en jóvenes y viejos, dotan a la vida italiana de una efervescencia que rebosa como el agua de las fuentes romanas. Los niños juegan y bailan en las calles desde que amanece hasta bien entrada la noche; las madres de casa parlotean sin cesar, padres y esposos coronan la jornada del día cantando y escanciando copas de aromático vino. Sólo cuando decrece el ritmo de tanta actividad y el ruido se apaga surgen entonces otros aspectos vitales de Italia”⁵⁴

Así pues, la glosa de la embajadora a la condición milagrosa de la modernidad italiana apela a la perseverancia de los hacedores de dicha modernidad y a sus artimañas improvisadoras para sobrevivir en los peores momentos de la historia.

En España el discurso explicativo de la modernidad italiana aludiría sobre todo a la razón de la grandeza histórica de una nación que, habiendo sido pionera dos mil años atrás, volvía a serlo, sin más, pues tal era su naturaleza como pueblo. En este registro argumentativo –habitual en discursos, textos y otros campos apropiados para la retórica del franquismo–, y atendiendo a la razón de una historia justiciera, España estaba llamada a seguir los pasos de su vecina Italia. De modo que no era preciso forzar ningún cambio de régimen ni alterar el curso tradicional del sistema socioeconómico del país.

Las fuentes para el reconocimiento de esta particular modernidad italiana en España eran dispersas a la par que poco veraces. Abarcaban los espacios de la prensa y de las revistas populares, los programas de radio y televisión ya en los sesenta. El fenómeno del *filoitalianismo* tuvo muy débil cabida en el terreno de la llamada alta cultura. La traducción de autores italianos modernos en España fue escasa y, pese a los esfuerzos diplomáticos y al trabajo de Instituto Italiano de Cultura de Madrid, la lengua y cultura italianas modernas, tenían poca presencia en

⁵⁴ KUBLY, H.: 1968, p.39.

las enseñanzas secundarias, al igual –dicho sea de paso- que el reto de las lenguas y cultural europeas modernas⁵⁵. El francés sobrevivía ciertamente en los cincuenta y sesenta como lengua de acceso a Europa, pero idiomas como el inglés o el alemán (reputados entre las élites españolas hasta los años cuarenta) apenas resonaban en los centros educativos o universitarios, siendo si acaso códigos de comunicación de ámbito muy restringido e indescifrables para el conjunto de los españoles que accedía a la educación.

Del afán de universalización del Castellano/Español en España durante las décadas centrales del siglo XX cabría decir al menos que dejó cadáveres por el camino, y no solo los muy nombrados de las lenguas peninsulares, sino también los de las europeas que no se aprendieron ni siquiera en las enseñanzas secundaria y universitaria. Italia en cambio –posiblemente en sintonía con la ocupación estadounidense, tal vez por los vericuetos de una economía nacional forzosamente externalizada, que miraba a Centroeuropa y al Atlántico, o bien sencillamente porque el Italiano es una lengua territorialmente cautiva –pese a la estela internacional de los emigrantes- de la Península Itálica y sus aledaños-, se tomó la molestia de aproximar a los jóvenes urbanos el aprendizaje de otras lenguas sin descuidar por ello la protección del italiano. Por otra parte, la proliferación de autores⁵⁶ y de editoriales que apostaban por la relectura de los clásicos, y por la visibilidad de los modernos (es fascinante el proceso de descubrimiento de la cultura americana por parte de autores literarios, críticos o cineastas, por ejemplo la temprana obra del fundador de la revista *Politecnico*⁵⁷ e inspirador de las nuevas

⁵⁵ Un amplio y variado compendio de estudios a propósito del tema en ambos países: ARRIAGA, M. et al.: 2006.

⁵⁶ En FUSSI, J.P.: 2011, el autor apuntaba certeramente a la generación de la *literatura de ruinas* que surge en Francia, Alemania e Italia tras la guerra mundial. El soterramiento de buena parte del ánimo impregnado por la *ruina* (por la culpa y la vergüenza) es elemento común en muchos de los escritores europeos de las décadas posteriores al fin de la guerra. Algunos, como el caso del italiano Passolini, soportaron sus propios demonios en una forma de escritura inquietante vehiculada en parte por la obra de Gramsci (*Quaderni del carcere*, escritos en las cárceles fascistas y publicados desde 1948). BERARDINELLI, A., en MARESCA, (ed): 2005, pp. 14-37; NICOTRA, E.: 2005, pp. 117-122.

⁵⁷ En el editorial del primer número (1945), escrito por el siciliano Vittorini, se hablaba no una cultura que aliviase el sufrimiento, sino una cultura que protegiese de él, lo combatiese y lo eliminase. Pese al vínculo de Vittorini con el comunismo, la propuesta editorial se ofrecía al conjunto de Italia, incluidos los librepensadores y los católicos... Propuesta que se

generaciones de intelectuales, Vittorini, autor de *Americana* (1942): una antología militante de escritores americanos⁵⁸), de nuevos espacios literarios incluso en localidades pequeñas, y la creación de centros de la cultura italiana⁵⁹, dentro y fuera del país, son prueba fehaciente del enorme *gap* entre la política cultural de Italia y España en las respectivas posguerras y años posteriores.

Es significativo sin embargo el gran interés de algunos profesores españoles del ámbito de las letras –lengua, arte o historia-, grandes aficionados a viajar a Italia y a difundir entre sus alumnos españoles las particularidades de su experiencia italiana. En el primer franquismo, amparados quizá por razones de oportunidad política de las que ahora carecían, Italia había sido en España un referente ineludible. Ahora, en los años cincuenta y sesenta, se mantuvo la referencia si bien cambió de sentido. En el elenco de estos estudiosos admiradores de “*lo italiano*” hubo nombres sobradamente conocidos. Mencionaré solo a dos por su talante e intereses bien distintos.

En primer lugar, Antonio de Hoyos⁶⁰, profesor de la Universidad de Murcia que, allá por los años sesenta, hablaba a sus alumnos las bondades de la Italia de la Democracia Cristiana, de Fanfani y de Aldo Moro, la Italia de las *autostradas* y los velocísimos *fiat* y *alfa romeos*, la Italia del Gattopardo y de los Finzi Contini, la Italia de Pasolini y de Antonioni, la Italia de la Piazza del Popolo y del Campidoglio en Roma, la del Albergo Assarotti y la familia Viazzi de Génova, una Italia –decía-

desvinculó de la política y terminó enfrentando a Vittorini con Togliatti en una polémica (1947) bien conocida en la historia político cultural del país.

⁵⁸ BERARDINELLI, A., et al.: 1997, pp. 277-280.

⁵⁹ Siendo la *Società Dante Alighieri* (*La Dante*, 1889) la más antigua en su género probablemente, sitúa a Italia entre las primeras naciones interesadas en una política internacional de ámbito cultural, aprovechando la difusión de la causa patriótica, del *irredentismo* primero, más tarde del fascismo, y el apoyo cultural así como la propaganda ideológica en la numerosísima comunidad formada por la diáspora en las primeras décadas del siglo XX. En las modificaciones realizadas en los objetivos de la institución a partir de los años sesenta no se incluían por supuesto la protección y difusión de la lengua y la cultura que proporcionan sentimiento de *italianidad*, tal y como se recogía en el documento fundacional. Para los años de la posguerra y en el ámbito de la diplomacia cultural, ver el trabajo de: MEDICI, L.: 2009. Sin embargo, una extensa y competente historia de la política exterior cultural de Italia a raíz de adquisición de su *status* democrático en la segunda mitad del siglo XX en: TOTARO-GENEVOIS, M.: 2005.

⁶⁰ Alude a él en referencia a su propia formación en los cursos intensivos o de iniciación en la Universidad de Murcia en la posguerra (1939-1940), el profesor José M^a Jover. JOVER, J.M^a: 1999, p. 10. También: VVAA. *Homenaje...*, 1995.

moderna y de libertad, que el profesor amaba abiertamente e intentaba inculcar en los jóvenes estudiantes, quizá porque hablar del París previo a mayo del 68 era aún tarea imposible.



Antonio del Hoyo (Murcia)



(Imágenes volcadas de Internet)

Recien comenzada la primavera, Antonio del Hoyo daba por terminado el curso académico porque debía asistir a la ineludible cita con la Mostra de Venecia. En el *Comitato di Murcia* iba integrando a todos aquellos amigos que alguna vez habían estado en Italia, a los *bolonios*⁶¹ y a los peregrinos, a los estudiosos de las lenguas clásicas y a los asistentes a las universidades de verano en Italia.

El segundo personaje, quizá más conocido durante el Franquismo, fue José María Beneyto Pérez, al frente de la Asociación hispano-italiana *Cardenal Alborno*⁶², creada en 1938, siguiendo la tradición –aseguraba él en sus escritos de comienzos de los años noventa- de la herencia de las *sociedades de amistad* nacidas en la II República⁶³. En Burgos en 1938, Ramón Serrano Suñer había sugerido la organización de una entidad ítalo-hispánica, y poco después sería el promotor de otra hispano-germana. Así que, instados por Serrano, y desde los Servicios Centrales de Prensa y Propaganda, recién unificados éstos en una Subsecretaría dentro del Ministerio del Interior, José Antonio Giménez Arnáu, Luis Moure-Mariño, y José María Beneyto Pérez, antiguos colegas de Bolonia, compusieron la asociación, con el nombre del Cardenal Alborno. Se agrupaban en ella antiguos estudiantes en Italia y sacerdotes becarios del Colegio de San José en Roma, así

⁶¹ COLOMER, J.L. y SERRA, A.: 2006. NIETO, C.: 2011.

⁶² BENEYTO PÉREZ, J.M^a: 1991. pp. 197-218.

⁶³ Bajo la II República fueron habituales las sociedades de amistad (los *Amigos de la Unión Soviética*, por ejemplo) y seguían resonando como presentes ciertas entidades de expansión cultural ligadas a otros países, véanse la *Alianza francesa* o la *Sociedad italiana Dante Alighieri*.

como artistas pensionados en la Escuela española de Roma. Miguel de los Santos Díaz y Gomara, obispo de Cartagena, fuera entonces de su sede, representaba la rama eclesiástica, y Enrique Pérez Comendador, a los artistas. Beneyto Pérez se hizo cargo de los estatutos y de la Secretaría, y se designó una Comisión gestora en la que estaban, además de los citados, personajes de la época y el régimen: Giménez Arnáu, Alfonso García Valdecasas, Jaime Blay, Jaime Soler Murillo, Jorge Garzolini Ziffer, Antonio Reverte Moreno y Ramón Martínez Arturo,... a los que se agregaría un profesor de italiano, Camilo Llovera. De entre los méritos que se arrojaría la Asociación, destaca quizá el considerar que había sido su gestión la que había puesto a salvo de las bombas la ciudad de Bolonia, que fue respetada por los aliados tras una acción colectiva de la Asociación sobre los Rectorados de las Universidades de los países beligerantes para llamar a la mencionada protección. Ante la previsión de un ataque aliado, se había insistido en los entornos de Oxford y de Cambridge que haciendo suya la petición la transmitieron al Mariscal Montgomery –aseguraba sin reparo Beneyto Pérez⁶⁴.

Pero más allá del *filoitalianismo* de gabinete, en el imaginario español de los años sesenta Italia se comportaba como un experimento piloto de modernidad y democracia comprensible solo parcialmente en el marco de la lenta transformación de la Península Ibérica. A qué negar el ímpetu de la industria y el turismo, el peso sustancial de las migraciones (del campo a la ciudad, del sur al norte y del norte al resto de Europa: Suiza, Austria, Alemania, Países Bajos), y la función del Mar, en tanto fuente renovada de capital y de recursos para las regiones de Italia.

Adenda. Continuidad de las geopolíticas de lo intangible

La mirada geopolítica de España e Italia hacia el Mediterráneo data de largo. La necesidad de organizar un *Bloque Occidental Mediterráneo* a modo de *Liga Panmediterránea*, cuyo fundamento fuera la supuesta *espiritualidad* compartida entre las llamadas naciones latinas -véanse España, Francia e Italia⁶⁵- se abrió paso en los ámbitos político y de pensamiento europeos al ir concluyendo la Primera

⁶⁴ BENEYTO PÉREZ, J.M^a. : 1991, p. 201.

⁶⁵ Sobre esta cuestión véase el trabajo ya clásico pero aún útil en sus conclusiones de SUEIRO, S.: 1987.

Guerra Mundial. Aunque era de todo punto inimaginable una hegemonía mediterránea al final de la contienda, ello no impedía el abuso de reflexiones del siguiente cariz:

“Il nous faut un programme bien défini, à nous comme à nos alliés. Et nous ne parviendrons à le réaliser, les uns et les autres, que par la sécurité de nos frontières, l'association de nos richesses et de nos efforts, l'union permanente et progressive de nos forces militaires, économiques, financières, intellectuelles, par l'alliance latine d'abord, par le Bloc Occidental en suite”⁶⁶.

Durante el siglo XX español el *mediterraneismo* ha tenido una dimensión muy transitada en la historia cultural y en el arte. Recuérdese que para D'Ors, el mediterraneismo conjugaba orden, serenidad y espiritualidad..., clasicismo en definitiva y fuente de identidad⁶⁷. Pero en el ámbito de lo político el término tuvo una connotación menos clara y de uso en ocasiones aguerrido, siempre notablemente propagandístico en atención a los intereses del régimen de turno, especialmente del franquista⁶⁸. Pese a las deficiencias técnicas de una empresa geopolítica de tinte mediterraneista, en el complejísimo contexto de entreguerras, un plan de cooperación regional de estas características ofrecía al menos la ventaja - para un país del que nada se decía en la escena internacional, y concentrado en hallar el modo de modernizar sus estructuras internas- de proponer una cierta visibilidad. Merece pues la pena traer a colación la política mediterraneista de la Dictadura de Primo de Rivera, advirtiéndolo al respecto que no hubo una praxis de suficiente calado al margen del marco bilateral hispano-italiano. El principal valor del Tratado de Amistad de 1926 residía en que, ante el avance del poder franco británico en la Cuenca, tomaba interés por el equilibrio de la región. A Mussolini le preocupaba la expulsión de los italianos en Marruecos y Túnez, pese al convenio

⁶⁶ BERTRAND, L.: 1916.

⁶⁷ CACHO, V.: 1997. Recientemente, el amplio espectro del pensamiento de d'Ors ha sido investigado por FUENTES, M.: 2001.

⁶⁸ En las últimas décadas algunos estudios han tratado de ubicar la noción en el terreno de la dimensión internacional de España. Entre los primeros trabajos: HUGUET, M.: 1997, pp. 89-116; HUGUET, M.: 1995-96, pp. 215-230.

firmado en 1896 por el que los italianos de Túnez y Marruecos, algo más de 100.000 y 10.000 ciudadanos respectivamente, conservaban la nacionalidad italiana. A comienzos del siglo XX esta anomalía, que afectaba incluso a los italianos nacidos en África, incomodaba a los franceses⁶⁹. Pero el tratado de amistad hispano italiano apenas si tenía algún punto en común con las estrategias globales propuestas para la región, si bien la alianza permitía a España –carente de postura regional definida– mantenerse confiada en su reivindicación sobre Tánger. España sostendría su colaboración en el mantenimiento del *statu quo* de la zona sin lanzarse a grandes iniciativas, intentando disimular la inactividad con respecto al entorno con la exhibición de principios de paz y neutralidad tan a la moda en los años veinte. Italia no tuvo que esforzarse demasiado en oponerse a las expectativas españolas, pues las limitaciones de la política exterior de España, a expensas de los intereses del equilibrio franco-británico en el área, quedaron reflejadas en la cuestión de Tánger. Muy a pesar de los reiterados intentos de la diplomacia (Estatuto internacional de 1923 y revisión de 1928), Tánger fue excluida en la zona española de Marruecos⁷⁰.

Coincidiendo con la Segunda República Española las tensiones internacionales acumuladas derivaron en la reactivación –entre otras– de la llamada cuestión mediterránea. El Mediterráneo sería repartido en zonas de influencia y aludido en foros internacionales en los que España era voz ausente. Las dificultades del país hacían resentirse también su actuación en Marruecos español. Los gobiernos republicanos intentaron aligerar su actividad burocrática y reducir los costos de la acción colonizadora desarrollada fundamentalmente a partir del segundo lustro de la década anterior, excesivos sin duda para la maltrecha economía española en el contexto internacional de la Gran Depresión. Los acuerdos de Roma -enero 1935- fruto de las conversaciones entre Laval y Mussolini, expulsaban a España de la toma de decisiones en el área, si bien no hubo dificultades para la renovación del tratado de Amistad Hispano Italiano en 1936.

De la mano de los fascismos europeos, España fue arrastrada de soslayo a un escenario bélico que no le convenía. El esfuerzo imperial en el Mediterráneo de

⁶⁹ Ver un clásico aún estudiado: CAROCCI, G.: 1969.

⁷⁰ Acerca de esta cuestión, los trabajos de Juan Carlos PEREIRA: 1990; y para la II República, J. L NEILA: 1992, pp. 655-685.

una España desmoronada tras la Guerra Civil era en pleno conflicto mundial un reto desproporcionado para las posibilidades del régimen⁷¹. Además la competencia italiana constituía un gran hándicap, pues aunque España hubiese accedido a dirigir un plan de integración de los países miembros de la Cuenca, las constantes anexiones y pérdidas territoriales en el área durante la coyuntura bélica, la fragilidad del control en las colonias del área, y la estrechez global de recursos dificultaban la naturaleza de las acciones y los retos específicos. Al terminar la guerra, la España alineada con el Eje no sólo no había conseguido ampliar su espacio de dominación colonial sino que, sin haberse preparado convenientemente hubo de asumir la puesta en marcha del proceso independentista marroquí que culminaría en los años cincuenta.

Franco había sobrevivido. Mussolini, no. Fue entonces cuando el Estado español abrió tímidamente una línea de acción cultural tal vez destinada a salvar las apariencias o quizá en la confianza de elaborar un ideario internacionalista compatible con las exigencias del nuevo Estado en la difícil coyuntura mundial. Iniciativas destacables en este ámbito se remontan al año 1941, cuando Serrano Suñer, Ministro de Asuntos Exteriores, fomentó la creación del llamado *Instituto Español de Estudios Mediterráneos*, así como de un órgano de expresión, la *Revista de Estudios Mediterráneos*, en cuatro lenguas e ilustrada. Con el fin de desligar el proyecto de la dimensión oficialista de la política exterior del Estado, se le dio un sesgo académico. El *Instituto Español de Estudios Mediterráneos* se puso en funcionamiento en 1943, con un programa de estudios humanísticos. Sobresalió el trabajo periodístico de Wenceslao González Oliveros que, consciente de la pobreza informativa sobre el Mediterráneo en España, pretendió conferir al trabajo un aire divulgativo y contextualizado en las circunstancias del presente. Ante la cercanía del final de las hostilidades, en el verano de 1943, los autores propondrían la reflexión sobre la paz y la concordia en el Mar⁷².

Entre 1944 y en 1945 la avanzada de las tropas rusas en Europa y el desenlace bélico preocupaban a la Santa Sede, que tornó su discurso hacia el mito de las

⁷¹ HUGUET, M.: 2010, pp. 633-657.

⁷² Añadamos el giro dado por una de las pocas revistas de la época, MUNDO, dedicada a los temas internacionales en el año 1943. Ver: HUGUET, M.: 1990.

persecuciones (comunistas) contra los cristianos de oriente, y utilizó en su interés el mensaje de una España fortalecida, vencedora de la herejía comunista, aún a comienzos de los años sesenta.

“Alzamiento, Cruzada y Victoria: esta es la guerra civil vista desde España a principios de los años sesenta. La historia que escribían los historiadores oficiales del régimen, como Manuel Aznar, Joaquín de Arrarás, Luis Bolín o Rafael Calvo Serer. Esta historia de una guerra a la que no llamaban "civil", sino "cruzada" o "guerra de Liberación" estaba basada en un mito positivo (...) la legitimación del golpe militar de 1936: el levantamiento militar respondió a la inminencia de una revolución de carácter bolchevique, propiciada por el falseamiento electoral de febrero del 36 (que había dado la victoria al Frente Popular). Por ello, en palabras de otro autor de Ruedo Ibérico (...) Herbert Southworth, para estos autores "la guerra civil fue una cruzada contra el comunismo, una guerra en la que se luchaba no sólo por España y su civilización cristiana sino también por todo el occidente"”⁷³.

La utilización del mito de la cruzada fue específica de ámbitos propagandísticos españoles. En los años 1943-1945 en Italia se procedía a la *defascistizzazione*, un proceso a contrapelo del éxito y supervivencia del falangismo español, pese a su declinar relativo dentro del régimen (1942). El giro político en Italia y la victoria aliada en Europa forzó el pragmatismo franquista, que sugería que el deterioro de la *reliquia imperial*⁷⁴ afectaba al Mediterráneo. Italianos aún afines al Fascio suponían que, por medio de la experiencia histórica de España y de su régimen resistente, era aún posible corroborar que los contenidos y programas *fascistizzanti* fueran acertados y viables. En este punto de conexión sobrevivía la cordialidad entre una Italia que ya no era y una España persistente en *seguir siendo*. Pero la cordialidad es un nexo poderoso aunque intangible, que discurría –salvo experiencias concretas– por el terreno de la diplomacia formal y de la retórica discursiva. El reconocimiento oficial por parte de España del Rey de Italia por

⁷³ La construcción histórica a propósito de la guerra civil española, y el mito de la cruzada tiene un antes y un después en relación con el trabajo de los historiadores y sus trabajos para Ruedo Ibérico. YUSTA, M.: 2003.

⁷⁴ SAZ CAMPOS, I.: 2004.

ejemplo no estuvo exento de ofuscación y divisiones en el ambiente político y militar español⁷⁵.

Italia por su parte tomaba la comparación con España en ayuda del esfuerzo de una cierta *pedagogía asimilativa*, patente en la difusión de una particular visión de España a través de canales extra-oficiales: los *cinegiornali*, la prensa o el cine. En su apuesta católica y anticomunista, a los ojos de las potencias vencedoras de la guerra España pretendía alejarse del modelo institucional fascista. La difusión de esta imagen era descrita por Renato Moro en los análisis de los *cinegiornali* y de los documentales del *Istituto Luce* e la *Incom*⁷⁶. La imagen del franquismo en la publicidad pone en evidencia la común exaltación de las revoluciones española, italiana y alemana, en cuanto movimientos que habían pretendido guardar un carácter popular⁷⁷. Ahora, para España el modelo fascista era incómodo pues la asimilaba a la Italia derrotada. Para distanciarse de él, se acometieron esfuerzos de desasimilación por ejemplo en las producciones del NO-DO en torno a 1945⁷⁸. Gradualmente fueron diluyéndose algunos de los rasgos de la afinidad ideológica entre la España de Franco y la Italia de Mussolini. Por el contrario, el fomento de una semejanza indefinida prevalecía en este juego de espejos en el que pese a todo los epígonos de una Italia derrotada aspiraban aún a ver en España lo que ya no podía ser. “*Il gioco degli specchi forse aveva abbagliato lo stesso regime fascista*”.⁷⁹ Podríamos pues concluir que a mediados del siglo XX los dos balcones al Mediterráneo occidental se habían edificado sobre las bases ficticias de un conjunto objetivos comunes, desvanecidos hacia 1943-44 cuando, si bien en circunstancias

⁷⁵ A pesar de que se pidió al embajador español en Italia, Raimundo Fernández Cuesta, que volviera a España, por expreso requerimiento del Ministro de Asuntos Exteriores español, Jordana, el gobierno español “considera[ba] inmutado el reconocimiento de los representantes de Su majestad el Rey de Italia”, en palabras del embajador italiano en España, Paulucci, al mariscal Badoglio el 25 de septiembre. En TASSANI, G.: 2003, pp. 97-132.

⁷⁶ MORO R.: 2005, pp. 277-305.

⁷⁷ BOTTI, A.: 2007, p. 342.

⁷⁸ El noticiario, NO-DO, fue transmitido por primera vez en las salas cinematográficas en enero de 1943. TRANCHE R., y SÁNCHEZ BIOSCA V.: 2006.

⁷⁹ “El juego de los espejos quizás había deslumbrado el mismo régimen fascista”, leemos en MORO R.: en MORO, R., DI FEBBO G.: 2005, p 305.

distintas, ambos estados se encontraron en la forzosa tesitura de tener que enfrentarse a la exigencia de renovar sus respectivas identidades.

En la década posterior al final de la guerra, la toma de conciencia en España de la importancia del proceso económico e industrial italiano pudo haber estado en el origen de una diplomacia posibilista. España era ajena al reto económico, social y estratégico que asumió Italia en los años cincuenta, por lo que la inserción de actores externos en ambas políticas fue desigual. Sin duda, el hábil trabajo de Sangroniz al respecto no fue un asunto menor pues, en 1947 y con vistas a la constitución del nuevo Gobierno italiano, el diplomático empezaría a promover encuentros con los responsables de las grandes instituciones industriales: el Presidente de la *Montecatini*, el Director General de la *Fiat*, el de la *Pirelli* y el de *Caproni*, el Presidente de la *Snia Viscosa* y el de *Azienda Minerali Metalici Italiani*, etc., empresarios todos ellos contrarios a cualquier modo de animosidad política cuando de lo que se trataba era de afrontar algún beneficio comercial.

La naturaleza política de las relaciones hispano italianas sería más áspera que la cultural o la comercial en términos generales. A raíz de la resolución de exclusión de España de los organismos de la ONU (1946) y de la recomendación de la inmediata retirada de los Embajadores acreditados en Madrid, se puso a prueba la naturaleza de la relación bilateral Italia España. Italia no formaba aún parte de la ONU y no estaba sujeta a sus resoluciones. Por otra parte, desde el final de la guerra Italia contemporizaba con España a instancias de los intereses de Estados Unidos y Reino Unido, si bien en un margen de maniobra muy escaso. Los partidos moderados, con la Democracia Cristiana al frente, criticaron la resolución pues opinaban que daría apoyo popular al régimen de Franco. Además, retirar al embajador podría alterar los mecanismos que defendían los intereses económicos que Italia pretendía mantener en España. Socialistas y comunistas por su parte, bien organizados en amplios sectores de la población italiana apoyaron la resolución, pues consideraban que, si bien no incluía la ruptura de relaciones que ellos proponían, sería eficiente para acabar con el régimen de Franco. A finales de 1946 fue retirado el embajador británico, tras lo cual el Ministro de Asuntos Exteriores italiano, Pietro Nenni, informó a Gallarati Scotti, Embajador en Madrid, de que el Consejo de Ministros, había decidido seguir el ejemplo inglés. En España la decisión

causó malestar en las autoridades, que juzgaron el gesto inamistoso –pues Italia no estaba obligada por el mandato de la ONU- e inexplicable dadas las buenas relaciones comerciales. Si la respuesta esperada en Italia era la retirada del embajador Sangroniz, el régimen sin embargo estimó más adecuado mantenerle pese a la frialdad diplomática y a fin de proseguir con el trato comercial⁸⁰. Por ello es muy destacable el trabajo extra oficial en pro de un entendimiento de facto, prueba de lo cual fue que las Revistas económicas y financieras, los periódicos influidos por las empresas italianas, favorecieron un cierto estado de opinión en contra de la resolución de la ONU. La actuación de la publicística italiana fue decisiva⁸¹ en la orientación inmediata de las relaciones bilaterales en aquellas fechas difíciles, pues canalizó el pragmatismo que, urgida por la dependencia estadounidense y británica, no podía asumir la política formal.

Conclusión. Aproximaciones fin de siglo

A finales del siglo XX y en los comienzos del XXI, el Mediterráneo, en tanto un proyecto regional de la UE y de larga tradición europea, gozaba de gran predicamento entre los partidos políticos, las instituciones y la sociedad, que veían en él un fructífero horizonte de compromiso interregional en la aplicación de fructíferas acciones de cooperación⁸². Eran años de optimismo y, en el plano meramente discursivo, se verificaba el auge de institutos de estudios del

⁸⁰ En las investigaciones realizadas por Pablo del HIERRO: 2009, se alude a la siguiente documentación: Documenti Diplomatici Italiani (DDI): Serie XI. Volumen II (12 diciembre 1944-9 diciembre 1945). Doc. N° 393. Telegrama de De Gasperi a Gallarati, 7-8-45. DDI: Serie XI. Volumen IV (13 de julio 1946-1 febrero 1947). Doc. N° 609. Telegrama de Gallarati a Nenni, 18-12-46. AMAE: R. 1.280 Exp. 1. Telegrama de Martín Artajo a Sangroniz, 20-12-46. AMAE: R. 1.280 Exp. 1. Telegrama de Sangroniz a Martín Artajo, 23-12-46. AMAE: R. 1.280 Exp. 1. Telegrama de Martín Artajo a Sangroniz, 21-12-46.

⁸¹ Pablo de Hierro, en *Desafíos en la aplicación....* op cit., recoge la opinión sobre este particular en “Il Monitore degli Affari”, órgano oficial del *Centro Internazionale degli Affari*; “L’O.N.U. la Spagna e noi”, 31 de enero 1946, p. 15, en: AMAE: R. 1.466 Exp. 23. Carta de Sangroniz a Artajo, 7-2-47.

⁸² En la producción española de finales de los noventa y a modo de ejemplo: GIRÓN, J. y PAJOVÍĆ, S. (eds): 1998. CISNEROS, J.: 1999 (V Forum Ambiental del Mediterráneo, 1998). En relación a las operaciones para el mantenimiento de la paz en el Mediterráneo: YUBERO, S. y LASCORZ, A. (coord.): 1999. Más recientemente y para la vertiente de la cooperación para la Seguridad: MINISTERIO DE DEFENSA: 2010.

Mediterráneo en muchos países de la Cuenca, de revistas especializadas en el tema, así como la publicación de monografías y estudios que dejaban traslucir un gran entusiasmo por un futuro regional cuajado de oportunidades⁸³.

Desde esta perspectiva, Italia y España eran países perfectamente explicables en su condición de naciones modernas, ambas de entronque europeo, pero al mismo tiempo, balcones abiertos al Mediterráneo. Una diferencia sin embargo distinguía el nivel de compromiso de ambos Estados a propósito del proyecto regional. En el caso de España, su peculiar organización territorial y administrativa moderna –el régimen de autonomías adquirido y desarrollado a partir de la constitución de 1978- le permitía abundar en políticas regionales autónomas, adaptándose las áreas mediterráneas peninsulares con mayor flexibilidad a los proyectos regionales del Mediterráneo⁸⁴. En ocasiones dichas propuestas eran instadas por las mismas comunidades autonómicas⁸⁵, en otras la iniciativa era comunitaria: Comité de las Regiones⁸⁶. Como fuere, el efecto palanca del

⁸³ INSTITUT CATALÀ DE LA MEDITERRÀNEA: 1999, pp. 280-282.

⁸⁴ Ya a mediados de los años noventa, en los Cursos de Verano de El Escorial, Juan Ramón CUADRADO, director del estudio prospectivo sobre el Arco Mediterráneo Occidental, en PORCEL, B.: 1996, pp. 66-82, sostenía la potencia del escenario del Arco Mediterráneo o Latino, a partir de los trabajos *Europa 2000* de la Comisión Europea, su heterogeneidad, fracturas y tendencias de integración.

⁸⁵ La principal seña de identidad de las *euromedregiones* es que están en permanente creación y cambio. Así por ejemplo, se revisa el proyecto *Creamed*, en un doble contexto: el de los viveros de empresas y el de la contrucción de la Euroregión Pirineos Mediterráneo, que se constituyó en octubre de 2004. En 2009 cambió su estructura jurídica por la de Agrupación Europea de Cooperación Territorial (GECT según sus siglas en francés), para conferir un carácter más operativo a la coordinación política entre las comunidades autónomas españolas de Cataluña e Islas Baleares y las regiones francesas de Languedoc-Roussillon y Midi-Pyrénées. Recientemente, en mayo de 2012, los gobiernos de Murcia, Comunidad Valenciana, Cataluña y Baleares defendían el Corredor Mediterráneo como “proyecto absolutamente vital” y “fundamental” para estos territorios, para el resto de España y Europa, para las inversiones, así como para la actividad económica. El tercer carril ferroviario supone el inicio del Corredor, infraestructura destinada a consolidar la actividad logística y portuaria de la zona mediterránea *frente al Norte de Europa*, para convertir a la región en una gran plataforma logística del Sur; el Corredor conectará el puerto de Cartagena con la frontera francesa para que en torno a 2016, fluyan las mercancías.

⁸⁶ Que en la primavera de 2012 dio prioridad al Arco Mediterráneo –*El Sunbelt*- precisamente y al Corredor antes mencionado. En la línea de la mirada optimista sobre la región previa a la crisis de 2008 heredera aún de los años finales del siglo pasado, ver la miscelánea de estudios editados por MARTÍNEZ, R. (ed): 2006.

regionalismo europeo sobre las autonomías españolas necesitadas de impulso fue innegable⁸⁷.

El caso de Italia era distinto. De entrada, su sistema constitucional reservaba a la República competencias plenas en materia de acción extra nacional. Además, la tendencia a la introversión de muchas de sus regiones, plenamente bañadas por el Mar sin embargo, limitaba su participación en acciones de envergadura en materia de cooperación interregional tal como pusieron de relieve los estudios al respecto⁸⁸. En el Mediterráneo Latino peninsular: Cataluña, Valencia, Baleares, Murcia y la Andalucía Oriental desarrollarían políticas de adhesión identitaria en sintonía con el afán popular de *externalización* de su actividad. Para finales de la década de los años noventa, las encuestas revelaban que aproximadamente un 90% de la población de las dos primeras autonomías se afirmaban en su pertenencia al área mediterránea, dato que se rebajaba hasta un 70% en los casos de Baleares y Murcia, y a un 50% en el caso andaluz. Así que, y aún en el desigual nivel de adhesión regional, el grado de satisfacción identitaria con la región mediterránea se revelaba alto en España.

El trabajo comunitario al respecto tuvo mucho que ver. A mediados de los años noventa el Levante español se mostró especialmente activo en las políticas europeas que daban impulso económico y político al Arco Mediterráneo, adoptando quizá un cierto status de liderazgo que tenía más que ver con la vocación de impulso que con el peso real del área. La Italia del norte, que miraba a la Europa del Arco Alpino y del Arco Alpino-Adriático se *continentalizaba*, en parte debido a sus evidentes capacidades económicas. El Mezzogiorno por su parte, en situación periférica con respecto al núcleo europeo, recalaba en cambio en el discurso regionalista mediterráneo pues, como le sucedía a algunos espacios del sudeste costero español, tenía necesidades perentorias de apoyo por parte de las políticas europeas.

Resulta especialmente interesante para el caso italiano comprender el proceso por el cual durante el último tercio del siglo XX reforzó un discurso de

⁸⁷ Para el caso andaluz, por ejemplo, se explica muy bien el vínculo de la autonomía con Europa/Mediterráneo a través del Comité de las Regiones y el influjo positivo en la región peninsular de su inserción en las iniciativas interregionales en el seno de la Europa Mediterránea: TUÑÓN, J.: 2010.pp. 146-159.

⁸⁸ INSTITUT CATALÀ DE LA MEDITERRÀNEA: 1999, pp. 280-282.

centralidad mediterránea –nutrido en parte por mito de la historia pero apoyado fundamentalmente en el desarrollo material del país- proclive a la antigua tesis del control *natural* de Italia de los aspectos fundamentales de la identidad del Mediterráneo occidental. Esta orientación discursiva, más estética que pragmática, quedaría mermada precisamente por la bonanza en las condiciones económicas y financieras a finales de siglo. Así, y pese a la facilidad con que Italia podía haber concebido un discurso de *neto barniz cultural*, el país tomó la, seguramente acertada para sus intereses, decisión de abordar la cuestión regional en una clave mucho más técnica y moderna. Lo fundamental era tomar la delantera en aspectos de navegación marítima, en la renovación de la industria turística, e incluso en la lectura actualizada de las cuestiones de la agenda internacional; no descuidó Italia tampoco el discurso a propósito de la calidad de los ecosistemas que circundan la península itálica y de la implementación de políticas de prevención de riesgos medioambientales favorecedoras de la protección del entorno. Fruto de todo ello es que la marca Italia, ligada al Mediterráneo, se desarrolló notablemente ya en los años noventa.

Con todo, y fruto del avance en las políticas regionales de Europa en aquel periodo, solo en el plano netamente marítimo y comercial la competición con España por el liderazgo en la actividad portuaria y económica de la región no fue un tema baladí, ejemplificado en la carrera de puertos como el de Génova y Barcelona por convertirse en líderes portuarios en un momento en que las posibilidades de la globalización parecían infinitas. Al comenzar el siglo XXI parecía que los balcones al Mediterráneo se abrían por fin a la par. El espejismo de la bonanza duraría apenas una década, habida cuenta de los nefastos efectos de la crisis económica de finales de la década. Lo suficiente no obstante como para resolver que Italia y España estaban obligadas a cooperar al menos en lo referente a las estrategias para el desarrollo y el bienestar del Mediterráneo occidental.

Bibliografía

ALEMANI, C., ARACIL, B (eds): *América en el imaginario europeo: estudios sobre la idea de América a lo largo de cinco siglos*, Alicante, Univ. Alicante, 2009.

ARRIAGA, Mercedes, et al.: *Italia-España-Europa: Literaturas comparadas, tradiciones y traducciones*, 2 vols. Sevilla, Arcibel, 2006.

AVILES, Juan. et al.: *Historia Política del España, 1875-1939*, Madrid, Istmo, 2002.

AVOTO, L.: *Mirando al otro: América en la literatura de viajes de los italianos (siglos XV-XVI)*, Universidad de la República, 1995.

AZCONA, José Manuel. et al.: *Sociedad del bienestar, vanguardias artísticas, terrorismo y contracultura, España-Italia*, Madrid, Dykinson, 2010.

BENEYTO PÉREZ, José María: “Las asociaciones de amistad internacional durante el franquismo” en NOTAS, *Revista de Estudios Políticos (Nueva Época)* Núm. 71. Enero-Marzo, 1991. pp. 197-218.

BENNASSAR, B., et al.: *Historia Moderna*, Madrid, Akal, 2005.

BERARDINELLI, A., et al: *La cultura del 900*, (Milan, Mondadori, 1981) México, S. XXI, 1997.

BERARDINELLI, A.: “Passolini, estilo y verdad”, en MARESCA, (ed): *Visiones de Passolini*, Madrid, Ediciones Pensamiento, Círculo de Bellas Artes, 2005, pp. 14-37.

BERTRAND, L.: “Vers l’unité latine” en *Revue de Deux Mondes*, 1916, 15 septiembre.

BOTTI, Alfonso.: “L’immagine del franchismo nella pubblicistica”, in MORO, Renato, Di FEBO Giuliana: *Fascismo e franchismo. Relazioni, immagini, rappresentazioni*, Roma, Rubettino, 2005.

BOTTI, Alfonso. (ed.): *Le patrie degli spagnoli. Spagna democratica e questioni nazionali (1975-2005)*, Milan, Mondadori, 2007.

BRAUDEL: *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en tiempos de Felipe II*, Armand Colin, 1949, 1ª ed en español: FCE, 1953, revisadas en el coloquio de la *American Historical Association*, 1975.

BURCKHARDT, Jacob: *La cultura del Renacimiento en Italia (1860)*, Madrid, Edaf, 1995.

CACHO, Vicente: *Revisión de Eugenio d’Ors (1902-1930)*, Barcelona, 1997.

CÁRCEL, V.: *Historia de la Iglesia Católica*, vol. III, Madrid, Pelicano, 2009.

CAROCCHI, G.: *La política estera dell’Italia fascista, 1925-1928*, Laterza, Bari, 1969.

- CARTER, N.: *Modern Italy, in Historic Perspective*, UK, Bloomsbury Academic, 2011.
- CISNEROS, J.: *Cooperación Mediterránea*, Informe del MED, FORUM, 1999, V Forum Ambiental del Mediterráneo celebrado en 1998.
- CLARK, M.: *Modern Italy (1871 to the Present)*, (1984), Parte IV, Edinburg, Longman, 2008.
- COLOMER, J.L. y SERRA, A.: *España y Bolonia: siete siglos de relaciones artísticas y culturales*, Bolonia, Colegio de España en Bolonia, 2006.
- CRIVELLARI, C.: *Professori nella scuola di massa. Dalla crisi del ruolo alla formazione universitaria*, Roma, Armando ed., 2004.
- CRÓNICAS: *Crónicas de la Emigración*, Xunta de Galicia, 21 de mayo de 2011.
- DARDE, Carlos: *La Idea de España en la Historiografía Del Siglo XX*, Santander, Universidad de Cantabria, 1999.
- Del HIERRO, Pablo: *Desafíos en la aplicación de un enfoque transnacional para el estudio de las relaciones hispano-italianas, 1943-1957*. Seminario de Investigación Departamento de Historia Contemporánea, 24 de noviembre 2009.
- DOS PASSOS, John.: *Manhattan Transfer* (1925).
- DUGAN, C., WAGSTAFFS, C. (eds): *Italy in the Cold war. Politics, Culture and Society*, Berg, Oxford, 1995.
- DUGGAN, Charles: *Historia de Italia*, Nueva York, Cambridge University Press, 1996.
- DUNNAGE, J.: *Twentieth-Century of Italy. A Social History*, UK, Pearson, 2002.
- FUENTES, Maximiliano: *Un viaje por los extremos. Eugeni d'Ors entre la guerra y el fascismo (1914-1923)*, Universitat de Girona, 2001.
- FUSSI, Juan Pablo: *Patria Lejana. El nacionalismo en el siglo XX*, Barcelona, Taurus, 2010. Edición e-book.
- FUSSI, Juan Pablo: *Franco: Autoritarismo y poder personal*, Barcelona, Taurus, 2011. Edición e-book.
- GANIVET, Ángel.: *Idearium español. El porvenir de España*, (1896), Madrid, Biblioteca Nueva, 1996.
- GARCÍA LORCA, Federico.: *Poeta en Nueva York* (1929-1930).
- GARDAPHÉ, F.L.: "Mythologies of Italian America: from Little Italy to suburbs", en *Leaving Little Italy. Essaying American Italian Culture*, New York University, 2004, pp. 37-52.
- GEERTZ, Clifford: *The Interpretations of Cultures. Selected Essays*, New York University Press, 1973.

GIANTURCO, G.: “Descendientes y epígonos de la emigración italiana. Nuevas identidades, entre diáspora y transnacionalismo”, en *Migraciones Internacionales*, vol. 5, nº1. Enero-junio, 2009, pp.211-229.

GINSBOURG, P.: *A history of contemporary Italy: Society and Politics (1943-1988)*, New York, Palgrave Macmillan, 2003.

GIRÓN, J. y PAJOVÍC, S. (eds.): *El Mediterráneo a finales del siglo XX*, Oviedo, Universidad de Oviedo, 1998.

GRAMSCI, Antonio: *Quaderni del carcere*, 1948.

GRANGE, D. J.: *l'Italie et le Méditerranée (1896-1911)*, 2 vols. Roma, Collection de l'École Française de Roma, 1994.

GUNDLE, S.: *La muerte y la doce vita*, Barcelona, Seix Barral, 2012.

GUTIERREZ, R. A., et al. (eds.): *Elecciones y Cultura Política en España e Italia(1890-1923)*, Valencia, PUV, 2003.

Hacer la América, un sueño continuado (La emigración española a América Latina en los siglos XIX y XX), Monográfico, Arbor, 1990

HIGHSMITH, Patricia: *El talento de Mr. Ripley*, (1955), Barcelona, Anagrama, 1989.

HUGUET, Montserrat: “Una crónica española de la Segunda Guerra Mundial: el semanario *Mundo*, en *Congreso de Jóvenes Historiadores y Geógrafos*, T.II, Madrid, Actas, 1990.

HUGUET, Montserrat: “El Mediterráneo en la teoría de la política exterior del franquismo”, Salamanca, *Studia Historica*, nº 13-14, 1995-96, págs. 215-230.

HUGUET, Montserrat: “Descubrir el Mediterráneo una orientación recurrente en el ideario exterior franquista”, Madrid, *Cuadernos de Historia Contemporánea*, Nº 19, 1997 (Ejemplar dedicado a: *Europa y el Mediterráneo: Confrontación y encuentro*), págs. 89-116.

HUGUET, Montserrat: “La política exterior de España en el siglo XIX” en GUARDIA, Ricardo de la: *Hacia un Mundo sin Fronteras. La Inserción de España en la Unión Europea*”, Madrid, Ministerio de Educación, 2009, pp. 9-28.

HUGUET, Montserrat: “La política exterior del franquismo (1939-1975)”, en PEREIRA, Juan Carlos (coord.): *La política exterior de España (1800-2010)*, Barcelona, Ariel, 2010, pp. 633-657.

INSTITUT CATALÀ DE LA MEDITERRÀNIA: *El Espacio Mediterráneo Latino: Cultura, Empresa, Paisaje, Población y cooperación*. Barcelona, Icaria, 1999.

JEDLOWSKI, P.: *Memoria, esperienza e modernità. Memorie e società nel XX secolo*, Milán, Franco Angeli, 2007.

JOVER, José María: *España en la Política Internacional. Siglos XVIII al XX*, Madrid, Marcial Pons, 1999.

JOVER, José María: *Historiadores españoles de nuestro siglo*, Madrid, Real Academia de la Historia, 1999.

KUBLY, Herbert: *Italia*, Biblioteca Universal de LIFE, en español, Revista LIFE, México, ed. Novaro, 1968, pp. 6-7.

LLERA, L., GALLEGO, J.A.: *La España de la posguerra. Un testimonio*, Madrid, CSIC, 1992.

MARINETTI, Filippo Tommaso.: *Manifiesto de la literatura futurista (Manifesto della letteratura futurista, 1910)*

MARINETTI, Filippo Tommaso: *Guerra, la única higiene del mundo (Guerra sola igiene del mondo, 1915)*

MARTÍNEZ, R. (ed): *Europa y el Mediterráneo. Perspectivas del diálogo euromediterráneo*, Universitat de Valencia, IMEE, 2006.

MEDICI, L.: *Dalla propaganda alla cooperazione: la diplomazia culturale Italiana nel secondo dopoguerra (194-1950)*, It. Miur, 2009.

MEDINA, V.: *La emigración familiar española a América Latina. 1956-1964*, Cabildo de Gran Canaria, 1999.

MINISTERIO DE DEFENSA: *La cooperación multilateral en el Mediterráneo: un enfoque integral de seguridad*, en *Cuadernos de Estrategia*, 144, Instituto Español de Estudios Estratégicos, enero 2010.

MISSIROLI, A.: "Italy's european policies: a profile", en MANNERS, I. y WHITMAN, R. (eds): *The Foreign Policies of European Union Member States*, UK, Manchester University Press, 2000, pp. 87-104.

MORALES PADRÓN, Francisco.: *Historia de unas relaciones difíciles. EEUU-América Española*, Univ. Sevilla, 1987.

MORO R.: "L'immagine del franchismo nei cinegiornali" in MORO, Renato, Di FEBO, Giuliana.: *Fascismo e franquismo Relazioni, immagini, rappresentazioni*, Roma, Rubettino, 2005, pp. 277-305.

NEILA, José Luis "Revisionismo y reajustes en el Mediterráneo: Tánger en las expectativas de la II República española (1934-1936)", en *Hispania*, CSIC, Vol. LII/181, 1992, pp. 655-685.

NICOTRA, E.: *Realidad en la palabra. Escritores italianos del siglo XX y nuestros días*, Cordoba-Argentina, Ed. Brujas, 2005.

NIETO, C.: "El Colegio hispánico de Bolonia: crisis y supervivencia decimonónica de una institución educativa", Texto inédito, aportado al Seminario de Investigación, Departamento de Historia Contemporánea, 25 de octubre de 2011.

- NUNNO, F. di.: *L'Italia e il compromesso di Lussemburgo (1965-1966)*, Roma, Nuova Cultura, 2012.
- PAMUK, Orhan.: “Guía para ser mediterráneo” en *Otros colores*, Barcelona, Mondadori, 2011.
- PAN, Juan: *Más se perdió en Cuba. 1898 y la crisis fin de siglo*, Madrid, Alianza 1998.
- PECES BARBA, G.: *Estudios sobre la Constitución Española*, Instituto de Derechos Humanos Bartolomé de las Casas, UC3M, 1994.
- PEREIRA, Juan Carlos: “La cuestión de Tánger en la Europa de entreguerras. España ante Francia y Gran Bretaña”, en *Revista de Estudios Africanos*, nº7, 1990.
- PEREZ, J.: *Mitos y tópicos de la historia de España en América*, Madrid, Algaba, 2006.
- PORCEL, B.: *El Mediterráneo: una globalidad emergente*, Universidad Complutense de Madrid, 1996.
- PRATTI, G.: *Italian Foreign Policy, 1947-1951: Alcide De Gasperi and Carlo Sforza*, Bonn, Bonn University Press, 2006.
- PUTNAM, Robert. D. et al.: *Making Democracy Work: Civic Traditions in Modern Italy*, Princeton, 1993.
- REDONDO, G.: *Historia de la Iglesia en España, 1931-1939*, Madrid, Rialp, 1993.
- REMESEIRA, C.I.: *Hispanic New York: A Sourcebook*, New York, Columbia University Press, 2010, pp. 247-278.
- RENOUVIN, P.: *Historia de las Relaciones Internacionales*, T. II. Madrid, Akal, 1990.
- RICOEUR, Paul.: *Tiempo y narración. Tiempo y Narración* (1985), Vols.I al III, Madrid, Akal, 1997.
- RICUPERATI G.: *La scuola e il movimento degli studenti in L'Italia contemporanea 1945-1975*, Torino, Einaudi, 1976.
- RINGROSSE, David: *Imperio y Península: Ensayos sobre historia económica de España (siglos XVI-XIX)*, México, Siglo XXI, 1987.
- ROBLES, Cristobal.: *La política exterior de España, junto a las naciones occidentales (1905-1914)*, vol. 2. Madrid, CSIC, 2008.
- ROQUE, M-A. (ed): *Identidades y conflicto de valores: Diversidad y mutación social en el Mediterráneo*, Barcelona, Icaria, 1997.
- SANZ, Federico.: *Historia de las relaciones entre España e Italia, (1890-1914)* Madrid, CSIC, 1994.
- SAZ CAMPOS, Ismael: *Fascismo y franquismo*, Universitat de Valencia, 2004.

SCARPACCI, V., y MORMINO, G.R.: *The Journey of Italians in America*, US. Pelican Books, 2008.

SILVEIRA, H.C.: *El Modelo político italiano: Un laboratorio: de la tercera vía a la globalización*, Barcelona, Breviaris, 1998.

SOLE, J.: *Las revoluciones de fin del siglo XVIII en América y en Europa*, México, S. XXI, 2008.

SONTAG, Susan: *El amante del volcán*, Alfaguara, 1996.

SPIRO, J.P.: *Defending the Master Race: Conservation, Eugenics, and the Legacy of Madison Grant*, Univ. Press of New England, 2009.

SUEIRO, S.: “La política mediterránea de Primo de Rivera: el triángulo Hispano-Italo-Francés”, en *Espacio, Tiempo y Forma*, Revista de la Facultad de Geografía e Historia, Madrid, UNED, 1987.

TASSANI, G.: “Dopo l’8 settembre l’Italia continua a Madrid” en *Nuova Storia Contemporanea*, VII, N.5, 2003, pp. 97-132.

TOTARO-GENEVOIS, M.: *Cultural and Linguistic Policy Abroad. The Italian Experience*, UK. Cronwell Press, 2005.

TRANCHE R., y SÁNCHEZ BIOSCA V., NO-DO. *El tiempo y la memoria*, 8ª, Madrid, Cátedra, 2006.

TRIGO, M.: *Los Estados y las Relaciones Internacionales*, T. II. Madrid, Visión, 2008.

TUÑÓN, J.: *Andalucía y la Unión Europea: Actor periférico y escenario privilegiado de la política europea*, Sevilla, Centro de Estudios Andaluces, 2010.

VVAA.: *Hacer la América, un sueño continuado (La emigración española a América Latina en los siglos XIX y XX)*, Arbor, Madrid, nº 536-537, 1990.

VVAA. *Homenaje al Profesor Antonio de Hoyos*, Madrid, Academia Alfonso X el Sabio, 1995.

YAÑEZ, C.: *La emigración española a América, siglos XIX y XX: dimensión y características cuantitativas*, Archivo de Indianos, 1994.

YUBERO, S. y LASCORZ, A. (coord.): *Ayuda humanitaria y cooperación al desarrollo*, Cuenca, Universidad de Castilla la Mancha, 1999.

YUSTA, Mercedes: “Las guerras civiles de Ruedo Ibérico”, en *Coloquio Ruedo ibérico, Maison d’édition en exil* celebrado el 3 de diciembre de 2003 en la Universidad de París 8.

ZURITA, R., y CAMURRI, R. (ed): *Las elites en Italia y en España (1850-1922)*, Valencia, PUV, 2008.